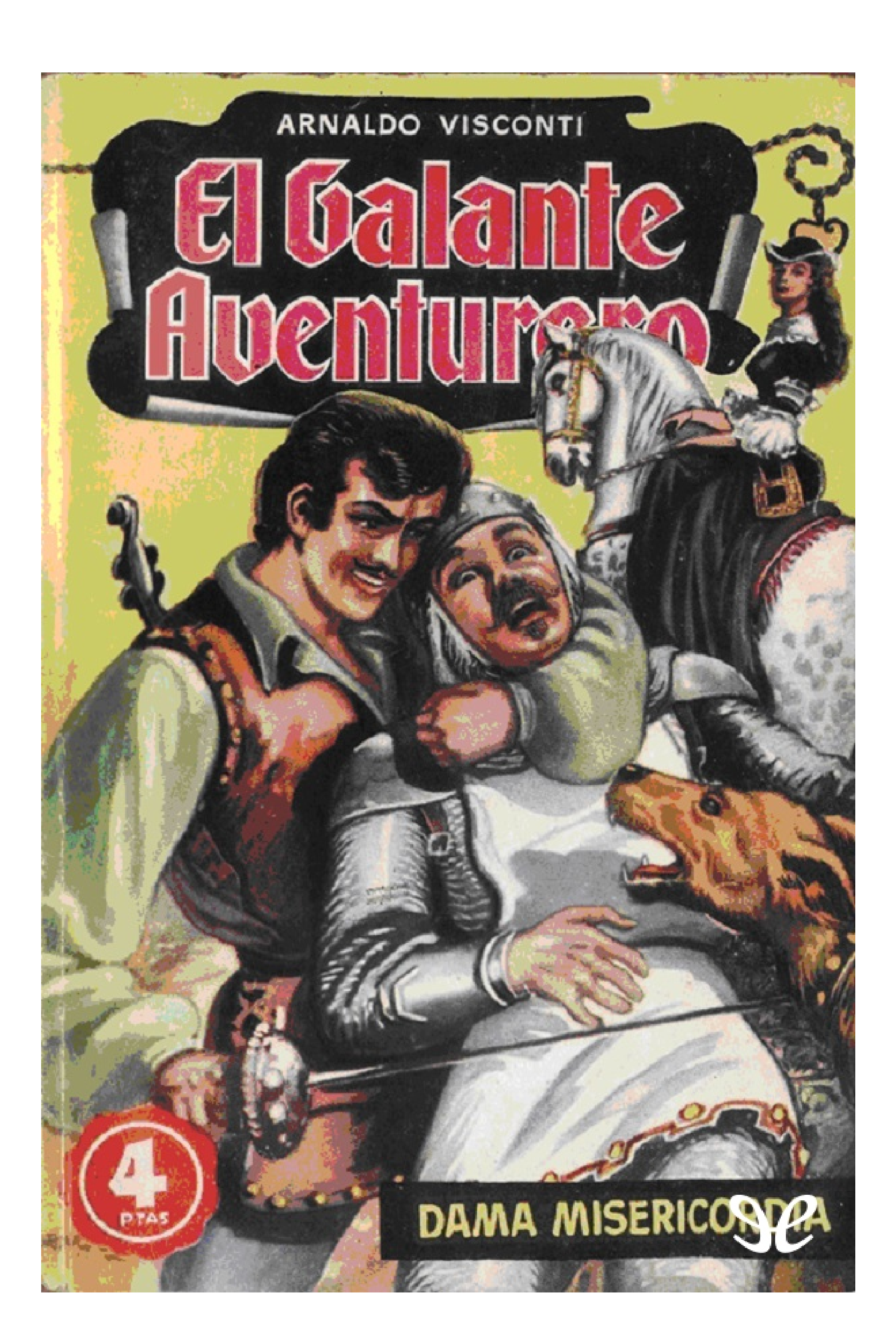

ARNALDO VISCONTI
El Galante Aventurero
4 PTAS
DAMA MISERICORDIA

Los franceses y los genoveses —Barnabó Lieto es el principal agente de la Banca de San Jorge de Génova, un pulpo de infinitas dimensiones— envían a dos taimados individuos, la bella Viviane d’Aurigny
y el pérfido inglés Charles Mombray, a que negocien con Corsi para que se alíe con ellos para dominar la isla. Fracasan en su empeño pues Corsi/Gallardo no se va dejar comprar y por ello van a buscar la ayuda de un enigmático señor enmascarado, un poderoso de Ajaccio, que les propone comprar la colaboración de Gubio Orsini, que por amor a Sandra Renzo es capaz de todo, incluso de traicionar al que siguen creyendo Dago Corsi.



Arnaldo Visconti

Dama Misericordia

El Galante Aventurero - 04

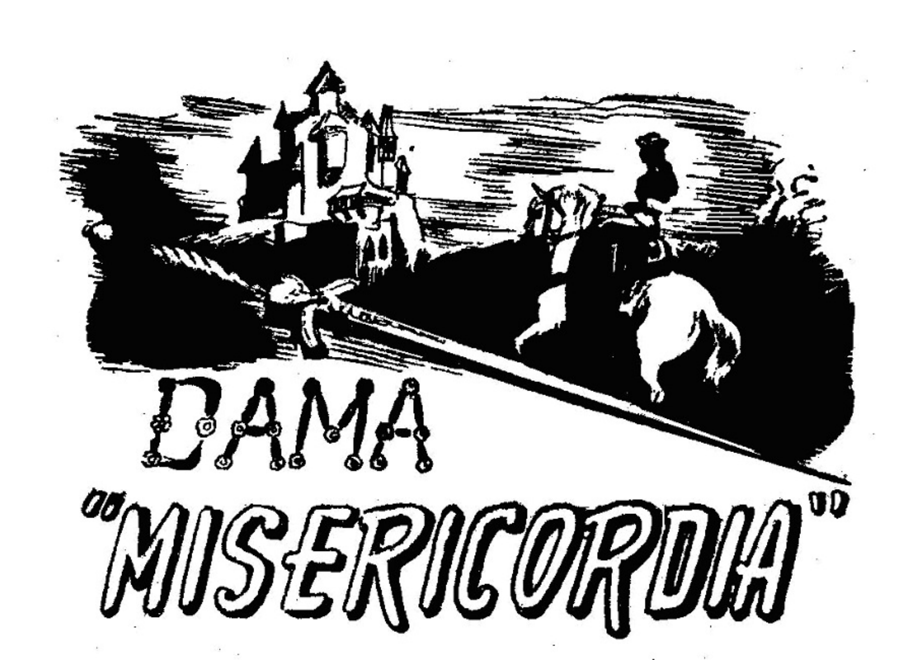
ePub r1.0
xico_weno 15.08.16

Título original: *Dama Misericordia*
Arnaldo Visconti, 1949
Ilustraciones: Jaime Provensal

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2




ARNALDO VISCONTI
El Galante Aventurero


DAMA
"MISERICORDIA"

CAPÍTULO PRIMERO

EL PULPO

Ocho días antes de los hechos hasta ahora relatados y sucedidos en la isla de Córcega, en los albores del siglo XVI, tenía lugar en la populosa capital portuaria de la República de Génova, una reunión aparentemente frívola.

El aspecto de la casona en que verificábase la citada reunión, era vulgar y casi pobre. Los grises muros de las dos plantas, parecían rezumar líquida melancolía de abandono, y las deslustradas maderas de puertas y ventanas, proclamaban muy necesarias atenciones de aseo y pintura.

Pero de todas las habitaciones con que contaba la casa, una de ellas, únicamente, estaba amueblada suntuosa y exquisitamente.

Dorados marcos, ricos tapices, mullidas alfombras, regio mobiliario, primorosa cristalería y perfumadas velas, elevaban íntimamente a rango encopetado aquella salita de la modesta casona.

Tres eran las personas allá reunidas: dos caballeros y una dama. Tres fisonomías, tres personalidades, tres seres de excepción.

Sin ser biógrafo ni psicólogo, cualquier obtuso mortal habría determinado que aquellos tres mortales, eran de especial contextura.

Uno de ellos vestía sobriamente, y su anguloso rostro demacrado, tenía impreso el sello de una inteligencia poco común.

Barnabó Lieto, principal agente de la Banca de San Jorge en Génova, era a modo de un ciclópeo y macabro titiritero que manejando muchos hilos de los que pendían múltiples marionetas, procuraba servir escrupulosamente los intereses de la poderosa sociedad financiera, que si bien con tentáculos en muchas naciones,

dedicaba preferentemente su atención a los provechosos acontecimientos bélicos de Italia.

Gustaba de repetir con frecuencia a los iniciados, que la Banca de San Jorge era un pulpo de infinitas dimensiones, y que él era modestamente, un simple tentáculo.

Su física apariencia habría podido indicar un oficio noble, tal como genial y artista, doctor letrado o experto secretario de Estado.

En cambio, el otro individuo que frente a él sostenía en su blanca y gruesa mano, una quebradiza copa donde el vino transparentaba como liquido y enorme granate, era más indefinible.

El rostro abotagado, de gruesos labios, colgante el inferior; adormilados los claros ojos, carnosa y sin firmeza la mandíbula, la nariz y la frente, daba una impresión de glotonería y ociosa inutilidad.

Pero de vez en cuando, un fugaz levantar de los caídos párpados, mostraba un destello maligno de los claros ojos.

Charles Mombray estaba secretamente orgulloso de poseer la romana máscara de Calígula, y aunque mitigado por rencor, también le enorgullecía el que instintivamente produjera repulsión a toda mujer, fuera de la índole moral que fuera.

En el sillón de honor, por deferente cortesía de Barnabó Lieto, sentábase Viviane
d'Aurigny.

Poseía las tres cualidades tan difíciles de hallar reunidas en una sola mujer: belleza, encanto e inteligencia.

Agradeció con una inclinación de cabeza el gesto con que Barnabó Lieto, alzó su copa, mirándola.

—Es placentero, *madame*, que la alianza de Francia y Génova, nos permita poder brindar por el país que posee las mujeres más encantadoras del Universo.

Charles Mombray limitóse a vaciar su copa. Era inglés y fríamente correcto, pero estimaba desplazada toda debilidad frente al peor enemigo del hombre en particular: la mujer en general.

—Y ahora que ya hemos brindado por nuestra feliz reunión, pasaré a exponer brevemente lo que sucede en Ajaccio, lo que es preciso suceda, y lo que de vuestra inteligencia se espera. Acostumbro considerarme un minúsculo componente del poderoso pulpo cuyos intereses me esfuerzo en servir. Un agente inactivo. No

suelo adular, y por eso mismo me limitaré a reiterar la opinión que de vos, *madame*, se tiene. Reunís las dotes más ventajosas para poder triunfar en Ajaccio, Y vos, milord, sois la firmeza inexorable que sabe obrar con cautela. Hace exactamente dos noches zarpó un velero que conducía a uno de mi; mejores agentes el francés Jérôme Vilain, el cual acompañaba Alessandra Renzo, con una misión. En estos folios, está lo referente a Alessandra Renzo.

Hizo una pausa Barnabó Lieto para repiquetear con el índice sobre una tela negra enrollada que envolvía papeles.

—Lo que sucede en Ajaccio es natural: regocijo ante la huida de genoveses, regocijo entre el populacho. Los pocos sensatos, comprenden que las fuerzas de ocupación han abandonado el campo para mejor saltar. Consta en los folios la personalidad del que, aparentemente gran patriota, es, en realidad, un agente de la Banca de San Jorge. Inútil hacer, constar que esta noche, en la nave que a Ajaccio os conducirá, quemaréis estos folios, una vez compenetrados de su contenido. Por notificación de ese corso traidor a su patria, sabemos que existe el propósito de aunar en un solo grupo les desperdigados bandidos corsos. Y esta unión, contraria a nuestros intereses, sólo puede lograrla un hombre: Dago Corsi. Sandra Renzo y Jérôme Vilain tienen por misión convencer con oro a Dago Corsi, para que nos sirva. Y en último caso, suprimirlo Pero este recurso sólo en caso postrero. Lo que de vuestras inteligencias se espera, y para ello contáis con carta blanca, es que os adueñéis de la voluntad del llamado «Diablo Corso», que es desleal y sin piedad. Nada más tengo que añadir. Estos documentos y vuestros cerebros rellenarán las lagunas de mi pobre oratoria. Ahora, permitidme tener el honor de invitaros a cenar, anticipando interesados y sinceros votos de un total éxito en la empresa de poder disponer en Ajaccio de la cooperación de messer Dago Corsi.

* * *

Barnabó Lieto hacía las cosas bien. En el velero que había de conducir a la francesa y al inglés a Ajaccio, hallábanse ya selectos maestros en toda clase de emboscadas y alevosas fechorías.

Eran ocho *bravis* perfectamente adiestrados en anteriores misiones y que y ahora tenían por exclusivo dueño al que

abandonando su gratuita título de milord, mostraba igual que la no menos gratuita *madame*, su perfecto dominio del italiano; haciéndose llamar Carlo Mombri y platicando en tal idioma con la que ahora era Viveta Dalmela.

Los *bravis* eran instrumentos de muerte, pero hombres al fin y al cabo, y para Viveta Dalmela, constituía un entrenamiento y también cierto placer verse deseada.

—Suplico te dignes atenderme cuando ceses de coquetear con miradas incendiarias con esta turba de brutos —dijo Charles Mombray.

—Querido… —rió ella—. No sabía que eras tan buen actor, que de veras te crees mi marido.

—Como tal, menos, en alcoba, pienso portarme. Es mi obligación.

—Hay obligaciones muy fastidiosas, Carlo. Pudieron elegirme un marido postizo más de mi gusto.

—Celebro no serlo.

—Están verdes, dijo la zorra.

—Tú eres la que hablas; querida mía.

La sala comedor del velero era también la que servía de Salón. Los *bravis* manteníanse alejados de la pareja.

—Reserva tu aticismo mejor ocasión, Carlo.

—Idéntica indicación me permito hacerle respecto a tus apasionadas, ojeadas. Viveta. No hemos llegado aún a Ajaccio.

—Me sé de memoria cuanto contenían los folios. Quemados están. El viaje es pesado. Eres, no ya feo, porque hay feos interesantísimos, sino grotesco, repulsivo y viscoso. En evitación de que mis ojos lloren, debo ir de vez en cuando a mirar a alguno de esos buenos mozos. Coquetería defensiva, maridito.

—En, el viaje de regreso puedes sentirte tal como eres, pero ahora no olvides que sí tú eres la sirena, yo soy el piloto ciego, sordo y del todo, insensible a tus arrumacos. Eres para mí un instrumento más, al igual que esos bruto. No lo olvides.

—Quien paga manda —suspiró ella—. ¿Qué, ordena el piloto?

—Que tengas la bondad de manifestarme cuáles son tus proyectos, tan pronto quedemos instalados en la casa que nos ha preparado Su Señoría.

—La mujer nunca proyecta, querido; improvisa.

—Servirá quizá en Francia…

—En todo el globo, porque el hombre es igual por doquier.

—Dago Corsi está acostumbrado a dominar a las bellas.

—No lo dudo, y de antemano me tiene conquistada. Ése es el secreto: el hombre cree conquistarnos y se esclaviza cuanto más sumisas somos en los adecuados instantes. Es puro talento adquirido el saber administrar las sumisiones.

—Doy por segura tu ciencia en este terreno. Hay no obstante un punto primordial: Dago Corsi es desleal. ¿Cómo poder adquirir la seguridad de que no nos traicionará si accede a convenir pacto?

—Ahí es donde interviene tu cerebral potencia querido, ya que ni musculatura ni encanto posees.

—Busco en ti ayuda, no ironía.

—Lo que hemos aprendido de memoria, dice que únicamente dos personas parecen gozar de cierto sentimiento parecido a afecto en el carácter de Dago, y son su lugarteniente y su amante.

—Bien. Continúa.

—Al parecer, dominas el arte de la tortura fríamente metódica. Si como rehenes conservas al llamado «Camorra» y a la bella Bárbara Foscari, tal vez Dago siga fielmente nuestros consejos, apoyados por la irresistible fuerza del oro.

—El pulpo no va a estrujar, sino que espera la presa. Pocos conocen a Dago Corsi; ir a su antro es imprudencia temeraria. ¿Cómo atraerlo a nuestra casa?

—Creo que consumes anticipadamente tu talento, Cario precioso. Allá verás el mejor camino a seguir.

—Yo no improviso, sino que mis triunfos se deben a que antes de entrar en acción, he meditado todos los planes posibles y todos sus fallos.

—Medita pues, amor mío. Y si no hubiera de entorpecer tus reflexiones, me gustaría conversar con aquel *bravi* de la redecilla roja. Tiene unas espaldas escultóricas… Ya sé, ya sé, Cario… Son unos brutos, y yo tengo que ser una señora. ¡Cosa muy aburrida eso!

—Falta de costumbre, Viveta. El ser señora es algo que nunca lograrás.

—¿Sabes en qué estoy pensando? Que tus ironías le dan un gran parecido con un sapo deshojando una margarita.

El sapo ingiere muchas mosquitas.

—Ah, ah, maridito… —rió ella—. Amenazas no, ¿o es que te crees que realmente somos marido y mujer?

Uno de los *bravis* no pudo contener una, risotada. Los claros ojos del inglés, parecieron convertirse en acero candente.

Agitó perezosamente una de sus manos. El *bravi* se aproximó, obedeciendo la señal.

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó Mombray.

—Gian, mi señor.

La mano diestra del inglés propinó un bofetón blando sobre los labios del *bravi*. Un bofetón ominoso, despreciativo, más hiriente que un golpe viril.

—No te pago para que rías, Gian. Te pago para que mates.

—Sí, mi señor.

—Regresa a donde estabas.

Viviane
d'Aurigny
aguardó a que se alejara el esbirro abofeteado. Y en voz baja, sonriendo, dijo:

—Que me perdonen los cerdos, querido, pero ¡qué grandísimo cerdo eres!

—Léxico de verdulera, señora. Olvidad los propios sentimientos, si así puede llamarse vuestra feminidad volcánica, y recordad tan sólo que en el mar y en Ajaccio, el pulpo soy yo.

—No me cuesta mucho recordarlo. Reúnes en ti varios animales, pero de los menos favorecidos, Bien, ¿puedo con tu permiso ir a encerrarme en lo que allí llaman mi sala de dormir?

—Felices sueños, Viveta.

—Los tendré si no te veo, Carlo.

El velero siguió rumbo a Ajaccio. Despreciándose, mutuamente, los dos fingidos esposos, y su, séquito de *bravis*, al pisar suelo corso no tenían ya más que un pensamiento: no fracasar, porque el pulpo pagaba generosamente los éxitos, y con la misma generosidad alcanzaba y estrujaba a los perdidosos.

CAPÍTULO II

PRIVILEGIOS PELIGROSOS

Luys Gallardo nada tenía de melancólico ni de propensión a ermitaño.

No obstante, al dejar tras él la sombría masa amurallada del castillo de Montemar, sentíase complacido, porque bella era la noche, diáfana la claridad lunar, y el frondoso camino por el que se internaba en su regreso hacia la Gruta de Anfitrite, exhalaba un tenue pero persistente aroma a flores silvestres.

Pensaba en la arrogante y estatuaria, dama que quedaba allá, en Montemar. Pero su carácter noble rechazaba toda idea de pasión por lo que a Altiera de Montemar se refería.

No ya porque fuera la prometida del famoso condotiero Ugo Paolo Renzo, sino porque con orgullo estimaba que un trovador como él, sin cuna ni fortuna, podía tal vez pulsar románticas resonancias en su laúd de plata, pero sin mañana, sin continuidad…

Como decía de él su escudero el piamontés Bembo, «enamorado de Eva, de ninguna requería amor».

Y porque en cada mujer bonita veía algún rasgo que la identificaba con su ideal, el cauce de su meditación derivó hacia Bianca Ventiglia la «más bella de Ajaccio», la prometida del rico sátrapa Bruno Sarto.

Estimaba que sólo la codicia podía imponer a tan delicada belleza, un fingido amor hacia el vicioso y maduro Sarto…

Le era agradable pensar que cuando irrumpió en la sala de banquetes del opulento personaje, ella aceptó con donosura sus impertinencias de trovador, para luego expresar un indecible horror al suponerlo el legendario y fatídico Dago, El Diablo Corso.

Un vericueto del sendero, en su descenso, dominaba una Vasta

extensión boscosa. A lo lejos veíase la estrecha, línea blanquecina de la espuma del mar, en su festón de encajes con la orilla.

Pero Luys Gallardo no miraba hada el horizonte, sino a su diestra, donde surgiendo a un centenar de metros de la profusa flora de un cercado, un blanco corcel, al parecer desbocado, sueltas las riendas y relinchando de dolor, galopaba como asustado por algo invisible.

Avanzaba hacia el sendero, remontando el declive. Tendido sobre su ancho lomo veíase un cuerpo humano, envuelto en flotantes ropajes.

A medida que el caballo aproximábase, percibía Gallardo con mayor precisión el contorno de la figura tendida: una mujer cuyos colgantes brazos y piernas estaban unidos por lazos de seda bajo los flancos del bruto, que ahora más impetuosamente dejaba oír su galopar frenético.

Por el mismo lugar donde había hecho su aparición el extraño conjunto de caballo y prisionera, surgieron varios mastines en silenciosa persecución, y tras ellos dos jinetes: una amazona y un soldado. Vestía éste enteramente de cota de mallas, y llevaba cubierta la cabeza por redondo casco, a cuyos lados y por detrás pendían también mallas.

El jinete era voluminoso, macizo, dando impresión de una fuerza física poco común. La amazona, alta y esbelta, era cimbreña y no se adivinaba su rostro casi velado por transparente gasa…

La máxima de Luys Gallardo era: «Primero actuar, luego pensar». Abalanzóse sobre la cabalgadura, al pasar ante él, abrazándose al ancho cuello.

No disminuyó el potro su galope, y colgante quedó el trovador, hasta que con hercúlea torsión de brazos y cintura, consiguió montar. En seguida, hincó con rudeza las rodillas contra los remos delanteros obligando al corcel a pasar al trote, del que poco después, entorpecidos los movimientos, quedaba en paso lento, para detenerse al fin, resoplando y caracoleando de grupa.

Su cabeza revolvíase, abiertos los belfos, pero no para morder a su improvisado jinete, sino como intentando alcanzarse la cola…

Miró hacia atrás Gallardo, y su diestra, con esfuerzo, arrancó de debajo de la cola un erizado amasijo sangriento, incrustado en la carne del animal. Era un cardo silvestre de aceradas púas pilosas.

El caballo, libre de lo que le torturaba y le había obligado a un galope que fatalmente hubiera terminado en alocado despeñar, relinchó tenuemente, cesó de caracolear y se mantuvo inquieto, pero dócil ya a las palmadas que le prodigaba el trovador.

Saltó a tierra Gallardo, y con los mismos lazos que mantenían prisionera a la que hasta entonces no había mirado, rodeó el cuello del caballo para atarlo en el ancho tronco de un roble.

La mujer siguió inmóvil, atravesada en el ancho lomo… Gemía ininteligibles palabras…

Unos cercanos ladridos furiosos requirieron la atención de Luys Gallardo, que desenvainó su estoque, y a modo de látigo de acero, lo hizo ondear sobre los tres poderosos mastines.

—¡A muerte! —gritó la amazona, apareciendo con el jinete.

Su exclamación iba dirigida a los mastines, jauría domada y ejercitada para despedazar a fugitivos o condenados a tan horrible muerte.

Debido a tan cruel entrenamiento, aquellos animales no eran ya perros, sino fieras que sólo en despedazar seres humanos hallaban la razón de vivir.

El estoque de Gallardo atravesó el cuello del primero que sobre él se lanzaba, y fue gracias a su característica maestría en lanzar dagas, como logró evitar la mordedura de los afilados colmillos que buscaban su garganta.

Casi no se había extinguido el eco de la exclamación de la amazona azuzando los mastines, cuando estos tres yacían en las convulsiones agónicas…

Sangriento el estoque, Luys Gallardo asió con la zurda otra daga, que balanceó al extremo del índice y el pulgar…

Miraba risueño pero retador al jinete que a un paso tras la amazona de rostro velado por gasas parecía estar esperando una orden.

—Un trovador —dijo la amazona.

Y aunque velada la voz, rebosaba de desdén.

Tras Luys Gallardo, la liberada, cambiando de posición, quedó a horcajadas. Sus manejos parecieron alarmar al jinete, que exclamó en gutural italiano:

—¡Detente, Clara!

No debió hacerle caso la llamada Clara, porque con nerviosos

movimientos trató de deshacer los nudos que ataban el caballo al tronco.

Avanzó el jinete, y Luis Gallardo asió las riendas de su montura con la mano que sostenía la daga, mientras su estoque paraba el primer altibajo que furiosamente le asestaba el coloso de la cota de mallas.

Tras el trovador oyóse distintamente el rumor de los cascos del blanco corcel al removerse y prontamente repicaran en galope que se alejaba.

Por varias veces intentó el soldado derribar con potentes altibajos al que hurtando ágilmente el cuerpo y parando con su estoque, no dejaba de asir las riendas.

La amazona espoleó su caballo intentando aprisionar al trovador entre el pecho de su montura y la del soldado, para aplastar al español.

En rápido esguince, saltó Gallardo para rodear con su brazo armado de daga el cuello del soldado.

Chocaron briosamente los pechos de ambos caballos, y hallóse en el suelo el soldado de gutural parla, montado a horcajadas por Luys Gallardo el cual aplicó en su garganta la punta de la daga.

—Quietud y paz, amigo —sonrió el trotador—. Muévete y tardío será tu arrepentimiento.

Casi por reflejo instintivo de su mente acostumbrada a continuos peligros, pudo Gallardo zafarse de la brutal pisoteadura de los cascos delanteros del caballo impulsado por la amazona.

Los cascos chocaron contra el pecho y el rostro del soldado, mientras ya en pie, Luys Gallardo saltó a la grupa y rodeó con sus brazos el talle de la amazona, a la vez que una de sus manos, asiendo las riendas, detenía al animal.

—Quietud y paz, dulce Eva. Fíjate en tu obra: has estropeado el hermoso físico de tu compañero de paseo.

Giró ella la cabeza, y bajo el velo relampaguearon sus luminosos ojos de un color azulado verdoso…

—¡Desciende, malandrín! —exclamó con arranque de soberbia ofendida.

—¿Ruego u orden, mi reina?

La burla pareció enojar aún más a la mujer, que forcejeó intentando liberarse de los brazos que rodeaban su talle.

—¡Morirás, insolente bufón! ¡No tendré descanso hasta verte destrozar por mis perros!

—Tus perros están reposando para siempre.

Cedió un poco Gallardo en la presión de sus brazos, y brilló un destello…

La amazona acababa de extraer de su cinto un largo estilete de los llamados «misericordia» porque solían ser empleados para rematar a los heridos.

Asió el trovador la muñeca armada, cuando ya la punta del acero estaba a escasos centímetros de su cuello, y atrayendo hacia sí a la mujer, saltó al suelo, abrazándola.

Cayó la «misericordia» cerca del cuerpo inanimado del soldado, cuya faz ensangrentada mostraba el magullamiento producido por el casco del caballo.

La desconocida, quedó respirando entrecortadamente, al separarse de ella el español. Miraba a lo lejos, como si pretendiera ver a la que había huido.

Contempló después al caído, y por fin el estilete lejos de su alcance.

Y al cabo de unos instantes, mientras, sonriente, Luys Gallardo admiraba la armonía del cuerpo esbelto de suaves redondeces avaloradas por la ceñida túnica negra, habló ella casi con amabilidad.

—Peligrosos privilegios los que te hacen sentirte caballero andante e importuno, trovador. ¿Cuál es tu nombre?

—¿Y el tuyo, mi reina?

—Lo sabrás, si quieres entrar a mi servicio.

—Te sobran perros amaestrados, y no gusto de tu daga «misericordia». Soy libre, y muy vivo estoy.

—Desgraciado… —murmuró ella—. ¿Sabes lo que has hecho?

—Meterme como siempre donde no me llamaba nadie, pero obedecer a urna voz, la única que en mí manda.

—¿Cuál es esa voz?

—La que resuena dentro del pecho de un hombre, cuando ve a alguien desamparado que necesita ayuda.

—¿Quién estaba desamparado?

—La que huyó a tiempo.

—Una imprudente que montó caballo sin domar, y mi fiel Ulrico

conmigo iba a darle alcance.

—¿Con mastines salvajes?

—Para seguir el rastro.

—Extraño modo de montar tenía tu protegida. Atada. Y extraño adorno llevaba el caballo según tú sin domar, cuando era bravo y noble… sólo que un cardo no acaricia, precisamente.

—Más te hubiera valido seguir tu camino, trovador. Córcega es grande, pero mayor es mi poderío. Puedes irte ahora… Ya te encontraré.

—No me hagas languidecer en la espera, hermosa tapada.

—¿Qué sabes tú si soy o no hermosa?

—Podría saberlo quitándote el velo, pero soy galante y cortés.

—Vete.

—Tu generosidad me abruma. Comprendo por tu tono y ademanes que estás acostumbrada a mandar… pero en mí sólo manda la dulzura femenina cuando ruega, no cuando ordena. Esta tierra es libre, porque no hay cercado. Es tuya y mía y de cualquier paseante.

—Bien veo que no sabes quién soy.

—Una mujer.

Retrocedió día para asir las bridas de su caballo. Cruzóse de brazos Luys Gallardo.

—Lamentarás tu peligroso privilegio de trovador, de remedar a los andantes caballeros. Recuérdalo… sea cual sea tu nombre.

—Luys Gallardo, que nunca me encubro yo, haga bien o mal.

Con ágil escorzo montó ella, y sentada lateralmente sobre la silla, miró al suelo.

Recogió Gallardo el largo estilete, que tendió presentando la rica empuñadura enjoyada.

—Tu alfiler, dama «Misericordia».

Pareció ella sopesar el arma. La insertó en su cinto.

—Olvidaré tu imprudencia si colocas en su silla a Ulrico.

—Olvidaré tu soberbia, si me muestras el semblante con amable sonrisa me ruegas te haga el servicio de aupar a tu pateado esbirro.

Pegó ella un taconazo, y su caballo, dando vuelta, partió al galope.

Arrodillóse Gallardo y con la punta de su daga arañó el cuello del llamado Ulrico.

—No estás muerto, Ulrico, pero lo estarás si no me contestas pronto. El tiempo urge y no dudo que tu dueña regresará con más perros y más esbirros. ¿Quién es ella?

El ensangrentado rostro ladeóse. Penetró más la punta de la daga.

—Es… Beatriz d’Evisa… —murmuró estropajosamente por entre sus labios partidos, el caído.

—¿Y la que huyó? Haz un esfuerzo, Ulrico… y vivirás, porque yo soy muy generoso.

—Clara d’Evisa.

—¿Hermana?

—La hija de Beatriz.

—Tanto amor materno me conmueve.

—Madrastra.

—¡Ah! Esto ya me da menos escalofrío. ¿Y tú, qué pintas en todo esto?

—Soy… servidor de madona Beatriz.

Levantóse Gallardo y aproximándose al caballo de Ulrico, saltó a la silla.

—Dale recuerdos a tu dueña y asegúrale, que quizá nos veremos antes de lo que ella supone, Así será… si la asustada Clara d’Evisa no consigue huir y vivir en paz. Espero que no te abandonen, Ulrico.

No hacía ni cinco minutos que a todo galope habíase alejado el trovador, cuando precedida por una jauría de veinte perros y escoltada por una decena de soldados, Beatriz d’Evisa apareció en el claro, donde junto al sendero yacía inanimado, los miembros tundidos pero despierto el entendimiento, Ulrico Wolemburg, el jefe de *reitres* de la mansión de los d’Evisa.

—Marchó hacia Ajaccio, Beatriz —dijo el *reitre*, poniéndose en pie, ayudado por dos de sus subalternos, colosos como él.

Miró ella hacia el festón de espumas que señalaba el litoral de la ciudad.

En gesto habitual acarició la empuñadura de su largo estilete.

—Bestia —murmuró, con desdén—. Bestia eres Ulrico, que no supiste vencer a un impertinente trovador. No eres más que músculo y malla… pero tienes perdón porque nunca vi a luchador tan magnífico como ese endiablado trovador. ¡*Wherung*! Trata de seguir la pista de Clara. En cuanto a ti, Ulrico, cúrate lo mejor que sepas, porque mañana a primera hora irás conmigo a Ajaccio.

Los mastines partieron con varios *reitres* en dirección opuesta a la que tornaron los demás escoltando a Beatriz d’Evisa, que meditativa, encaminábase hacia el recoleto lugar donde entre frondosa arboleda hallábase la mansión de los d’Evisa.

CAPÍTULO III

LA «VIRTU» ROMANA

Varios cuervos revoloteaban lentamente trazando círculos en el negro cielo y tomando por centro una peña de las muchas que formaban el recinto de la playa, conocido por la Gruta de Anfítrite.

Les atraía el cadáver de un estrangulado que yacía tras la peña, pero les impedía posarse la vida existente en dos seres humanos y dos fieras.

Las fieras eran dos lobos, uno de ellos tendido pies de un peregrino, el otro sentado sobre sus cuartos traseros, vigilante.

El peregrino voluminoso, arropado en su sayal cubierto de conchas, roncaba estentóreo, adosado a la peña tras la que yacía el cadáver de Piero Bassano.

A unos pasos, un sujeto, también tendido en la arena intentaba en vano dormir.

Vestido abigarradamente, enhiesto el mostacho y felinos los ojo, Delfín Lechuga, alias «Siete Vidas» y circunstancialmente por azares de su tormentoso vivir, Rasuni enviado del pirata Abdul Hamez, brazo derecho del Gran Visir, observaba con insaciable curiosidad el enigma que para él era Dom Corpacho el peregrino, que al parecer poco antes había hablado misteriosamente, anunciando no sólo que había estrangulado a micer Piero, sino también a Dago Corsi.

Había revelado, asimismo, con campechana tranquilidad que conocía la suplantación que del temible bandolero hacía Luys Gallardo, el trovador, que por noble juego quería emplear a los «piojos» del Diablo Corso en instrumentos al servició de mejores causas.

Removióse Dom Corpacho, bostezó, mascullό tartajosas palabras y por fin, sentándose, abrió los brazos en ancho desperezo.

—Dos horas de sueño bien aprovechadas, descansan —anunció.

—Una hora dormitando y otra viéndote, fatigan —replicó Delfín Lechuga.

—No ha de tardar messer Corsi, nuestro amo. Es, plácida la noche, aunque revolotean cuervos.

—Para ti todo es plácido, Corpacho.

—De tierra soy donde muy tranquilos somos.

—¿Gallego?

—A mucha honra.

—Castellano viejo, yo.

—Tres españoles, pues, con el que esperamos.

—Me tengo por poco asombradizo, pero tu figura y tu habla, me asombran. Lo das todo por muy natural.

—¿Por qué no? Yo quiero servir a Luys, y lo sirvo. No hablo contigo, «Luys» —dijo el peregrino, acariciando la testa del lobo sentado, que obedeciendo a la presión, tendióse.

—¿Por qué tus lobos se llaman Dago y Luys?

—Capricho.

—Ya te he dicho que sabes mucho, Corpacho.

—Oh, no… Soy un mísero ignorante.

—¿Cómo supiste que… Dago huyó de Montemar?

—Peregrinando.

—¿Por qué lo estrangulaste? ¿Cómo pudo él ser tu víctima?

—El vagabundo enseña grandes verdades, don Delfín. Los cerebros complicados, que planean tortuosas venganzas, son sus propias víctimas. Quiso Dago recrearse en artística y maligna venganza. Y falla la malignidad. Yo sustento la opinión de que no hay nada mejor que el estacazo. —Y Dom Corpacho agitó su grueso bastón erizado de púas—. Estacazo recto al cráneo y si te he visto no me acuerdo. Ésa es la verdad. Nada de complicarse la existencia.

—¿Qué eres? ¿Un loco o un sabio?

Rió Dom Corpacho con ancha risotada contagiosa, campechana…

—Me acuerdo que de niño, ya tenía yo barruntos de genialidad. Un día me arrodillé y más o menos así imploré: «Dadme, ch cielos, una brizna de locura que me libre de la necedad».

—Oración muy sensata. Recelo de ti y, sin embargo, me agradas, hércules barbudo. Creo que por ocultos motivos piensas proteger a

Luys.

—¿Piensas que necesita protección? Es fuerte, ágil, muerde — implacablemente, lanza dagas como nadie y tiene elasticidad de fiera.

—Pero es noble, leal, ingenuo, romántico. Por eso me ofrecí para guardarle las espaldas.

—Seremos, pues, dos. ¡Calla «Luys»! —Aquietó al lobo, que erizadas las orejas y el pelo gris del lomo, fosforescentes las pupilas, tendía el hocico levantados los labios, hacia una sombra que se acercaba.

En pie, Delfín Lechuga, cesó de manosear la guarda de su espada. Había reconocido al recién llegado, Filipo Ferrante, el jefe de «Los Cincuenta de Bastelica».

Y también el joven capitán bandolero, de sienes plateadas, reconoció al segundo del que creía Dago Corsi.

—Mis hombres rodean estratégicamente la gruía esperando la venia de nuestro jefe —dijo Ferrante, a guisa de saludo.

—Espera, pues, la llegada de messer Corsi, a quien aguardamos —replicó Delfín Lechuga.

—¿Quién es éste? —preguntó Ferrante, señalando al que seguía semiacostado.

—Dom Corpacho, peregrino amigo de nuestro jefe.

—Lo he visto merodear por los montes. Te saludo, peregrino.

—Te devuelvo la cortesía. Filipo Ferrante. Canta el romance que eres impetuoso y sabio bandolero patriota. También yo te he visto en varias ocasiones. Pero tus ojos eran mortecinos, apagados, tristones. Brillan ahora alegres, vividos, satisfechos.

Gracias a messer Corsi, mi enemigo de ayer, mi gran amigo de hoy. Gracias a él, he logrado ser bien recibido en casa de Rovizo y su cautivadora hija Zoraida es mi prometida.

Amortiguado por la arena, llegó, el rumor de los cascos de un caballo lanzado al galope.

—Marchó a pie, y con hermoso caballo regresa —comentó Delfín.

Descabalgó de un salto el trovador, que, aplicando palmada en la lustrosa anca del caballo, gritó:

—¡Libre eres, corcel! Hola, Filipo.

—Soy tu amigo, messer. Bendigo el milagro que te ha hecho

volver a ser lo que fuiste: jovial y generoso. Zoraida me ha suplicado te haga saber su eterna gratitud.

—Gratitud que no acepto, Filipo. Zoraida te quería, y nada tengo yo que ver en amores compartidos.

—Pero… ella sabe que por tu renuncia a aceptar mi imprudente desafío, podremos casarnos, ya que ahora por decisión del Podestá, tú y tus hombres, sois gente de armas al servicio de la patria. Soy, pues, un capitán de messer Corsi, yo, un rebelde perseguido. Te debo personalidad y felicidad. —Todos felices, pues— sonrió Gallardo.

El caballo tras él, hocicó contra su espalda.

—¿No quieres irte? Te adopto. Eres un hermoso bruto. ¿Tus hombres, Filipo?

—Aguardan para entrar en la gruta, a tu orden.

—Llévalos allá. Hora es ya de que haga saber a los que quieran comprender como tú has sabido adivinar, que Dago Corsi ha mudado el temple.

Saludó marcialmente el joven bandolero antes de marcharse.

Luys Gallardo, acariciando la cabeza del caballo que apoyaba sus anchas mandíbulas en su hombro, miró sonriente al peregrino, que en pie, ocultaba tras el vuelo inferior de su sayal, a los dos lobos.

—Tenías razón, Dom Corpacho. Libre está ya madona Alicia. Eres, por razones que tú sabrás, mi amigo. Choca.

La amplia mano velluda del tonsurado hércules barbudo, estrechó con fuerza la diestra del trovador.

—Lealtad te doy, messer.

—Amistad te tengo, Dom.

—Tres españoles unidos, mucho pesan —dijo Delfín Lechuga.

—Pronto lo sabrán los «piojos» de Dago. Me dispongo a enseñarles lo que es la *virtu* romana.

* * *

Obedeciendo las instrucciones recibidas, los componentes de la cuadrilla de los Hermanos Corsos, no sólo alojábanse invisibles en todos los hoyos, entrantes y pasadizos de la grandiosa gruta, sino que permanecían quietos, penetrase quien pendrase en los ámbitos de lo que era su cuartel general.

Por eso, a «Los Cincuenta de Bastelica» —todos ellos de edad entre los dieciséis y veintiuno— les parecía deshabitada la enorme caverna laberíntica, mientras se dirigían hacia el Lago de Venus, que aparecía en el centro.

Pero cuando atravesando por entre ellos, Luys Gallardo, seguido por Delfín Lechuga y Dom Corpacho, lanzó el escalofriante alarido, contraseña de Dago Corsi, pobláronse como por encanto las dos márgenes del lago.

Y en la orilla pétrea donde ahora también entró el caballo blanco, haciendo una corveta al contornear los dos lobos atadas al cordel que ceñía el talle del macizo peregrino, Luys Gallardo llamó:

—¡Bembo, «Camorra»!

El piamontés, que iba ya dominando el miedo que sentía por hallarse rodeado de asesinos crueles, acercóse corriendo en anadeo grotesco.

—¡Novedades, mala peste te carcoma! —exigió Gallardo, cejijunto.

—Ninguna, mi amo —expuso el escudero—. Aparte que marchóse Bárbara.

Referíase a la calabresa de verdes ojos, amante de Dago Corsi.

—Ya volverá. ¡Oíd todos, gente de Dago Corsi! Veis tras mí a los mejores aliados con que puedo contar. Bembo «Camorra», mi fiel escudero, bravo y temible cual nadie. Rasuni, el enviado del poderoso hijo de Mahoma, Abdul Hamez, que me proporcionará el esfuerzo de tres galeotas. Filipo Ferrante, con quien paz he pactado, y que se une con sus cincuenta, valientes a nuestra cuadrilla y hermandad. Y Dom Corpacho, el peregrino de los lobos, que de segundo acepto. Ha llegado el momento en que a todos vosotros os he de hacer saber que de piojos os vais a convertir en héroes. La *virtu* romana me inspira.

La ya de por sí sonora voz del trovador, llegaba a todos los rincones, aumentada por el eco retumbante de la cóncava gruta.

—Hubo un tiempo en que el suelo italiano era surcado por legiones vencedoras. No eran más que hombres con todos sus vicios y malas pasiones. Pero los mandaba un hombre dispuesto a ser obedecido. ¡Y ay del que no supiera comprender que la disciplina era la fuente del triunfo! Eso os digo… —Y Luys Gallardo, en todo imitaba a la perfección los gestos y exclamaciones favoritas de Dago

Corsi—. ¡Ay del que entre vosotros no cumpla sin rechistar las órdenes que por intermedio de mis segundos os haga llegar! Mañana al amanecer, Bruno Sarto, el espléndido, enviará su diezmo, consistente en sesenta de los mejores caballos de sus establos. Escogeré cinco decurias de jinetes, que mandados por Filipo Ferrante, serán la escolta de Dago Corsi, el rey de Córcega.

Fue casi ominoso y siniestro el ronco alarido con que todos los Hermanos Corsos lanzaron un estentóreo «¡viva!».

—En tres grupos os divido, gente de Dago Corsi. Los jinetes, que como cuadra a séquito glorioso, lucirán capa blanca con dagas bordadas en rojo. Los de a pie, que, diseminados, obedecerán a la voz de Dom Corpacho, y como él vestirán sayal de peregrino, cuyas conchas serán cota de naturales mallas contra el enemigo acero.

Aprobó a sus espaldas el aludido.

—Y un tercer grupo de ballesteros permanecerá bajo el mandato del ñero Bembo «Camorra», aquí, para salir, si enlace de jinete o peregrino, pide refuerzo. ¡Ay del que se atreva a discutir la orden del que me represente! No ha mucho, micer Piero ha cesado de existir. Murió por querer discutir mi personalidad. ¡Mala peste con quién olvide que la voz de Dago Corsi es la que reina en Córcega y en el Universo, si tal me propongo!

Hizo una pausa. Luys Gallardo, y siempre con sus manos apoyadas en los riñones, avanzado el busto, sombrío el semblante, continuó:

—La *virtu* romana, era una virtud comprensiva, alejada de la humildad del santo. Vosotros, en vuestra mayoría, amáis el oro. Lo tendréis, como lo tuvieron los romanos mercenarios. Los prohombres de Ajaccio contribuirán con sus voluntarias aportaciones a nutrir, vuestras bolsas. Pero ¡ay del que olvide que desde ahora es carne de héroe! Morir matando es la mejor gloria a la que aspiráis bajo mi mando. He decidido que los Hermanos Corsos sean para Ajaccio cintura defensiva y agresiva contra el invasor. Y por cada cadáver vuestro, diez quiero de los invasores. La *virtu* romana sea con vosotros, carne de héroes. ¡Desapareced!

Con prodigiosa agilidad, empujándose, codeando, los Hermanos Corsos desalojaron las marmóreas plataformas de las márgenes del lago.

Sólo al extremo de la orilla ocupada por Luys Gallardo y sus

segundos, quedaron «Los Cincuenta de Bastelica».

—Que tus hombres acampen en la playa. Para ellos serán los cincuenta mejores caballos, Filipo.

Radiante el rostro, Filipo Ferrante cruzó las dos manos sobre la empuñadura de su espada:

—Fidelidad hasta la muerte, messer.

Y cuando el joven capitán bandolero húbose alejado con sus muchachos, comentó Luys Gallardo:

—Éste sí que es un buen romano virtuoso. ¿Sabes leer, Dom?

—Lo bastante, si prisas no me das, messer.

—Toma estos papeles que la historia de Dago cuentan y son



Les atraía el cadáver estrangulado que yacía...

también lista de los Hermanos Corsos escrita por el difunto Piero. Elige treinta peregrinos. Cuento contigo por tus dotes de aparecer oportunamente. Si emboscadas me tienden, me placerá sumamente ver aparecer tus peregrinos.

—Me place el cargo, messer. Fidelidad hasta el completo triunfo… Que después mi camino seguiré.

—Paz entre la gente de buena voluntad —sonrió Gallardo.

Volvióse para enfrentarse con Bembo.

—¿Oíste, valentón camorrista?

—Oí, mi amo.

—Te quedarás aquí al frente de la escoria, de los reptiles, de la carroña. Serás el capitán de los condenados a pronta muerte redentora. ¿No te enorgullece el cargo?

—Chocan sus rodillas —gruñó Delfín Lechuga—. No te apures, Bembo, que pronto dejarás de capitanear a los que queden, porque tu amo requiere para su propio servicio las tres galeotas de Abdul Hamez. ¡Y ay si tiemblas ante tus súbditos!

Rió Gallardo al unísono con Delfín Lechuga. Bembo forzó una risita conejil.

—Organizada ya la fuerza de Dago Corsi, podemos dormir satisfechos —declaró Luys Gallardo.

—Mi amo, he preparado unas suculentas empanadas y…

—Cenemos, pues, Bembo. Mortales somos. Después… el sueño nos confortará para al lucir el sol, renovar la brillante tarea del patriótico y arrepentido Dago Corsi.

CAPÍTULO IV

EL PULPO SE MUEVE

Por aquel mismo día en que al anochecido Luys Gallardo veíanse por primera vez ante la que llamó dama «Misericordia», en una señorial mansión que ostentaba el escudo de los Renzo, deteníase ante el umbral separado de la calle por ancha escalinata, una silla de manos, portada por cuatro robustos individuos.

Descendió unía mujer ataviada suntuosamente con verdadera exquisitez.

Uno de los aparentemente portadores aproximóse para golpear la herrada puerta.

Abrióse ésta lentamente, y un hombre vestido como los *bravis*, de semblante hosco, aunque virilmente hermoso, dijo, incisivamente:

—Messer Renzo está ausente.

—No lo ignoro —dijo, gentilmente, la visitante—. Tengo sabido que Ugo Paolo Renzo ha partido, acompañando a la señora condesa de Montemar. Ceded paso, buen hombre. Madona Sandra Renzo me recibirá tan pronto sepa quién soy.

—¿Y quién sois? —inquirió secamente Gubio Orsini, el *bravi*, único servidor de Alessandra Renzo.

—Decid tan sólo a vuestra señora, que soy emisaria de Barnabé.

Viviane d’Aurigny hablaba con pulcritud, pronunciando claramente. A espaldas de Orsini, Sandra Renzo musitó:

—Cede paso, Gubio.

Obedeció el *bravi*, que abrió la puerta, apartándose al paso de la aventurera, pero volviéndose a colocar cerrando el acceso al

adelantarse dos de los portadores de la silla.
—Fuera —dijo, con indolencia.
—Quedad en la calle —intervino Viviane
d'Aurigny.
Cerró la puerta Gubio Orsini.
—Me llamo Viveta Dalmela —dijo la agente, a sueldo de la Banca de San Jorge—. Es urgente que hablemos, madona Sandra.
—Mal momento elegisteis, señora —repuso Alessandra Renzo—. Me disponía, escoltada por Gubio Orsini, a dirigirme al convento de Santa Clara, donde profesaré…
Esbozó una sonrisa la francesa.
—Me temo, madona Sandra, que por cierto tiempo tendréis que posponer vuestros propósitos muy laudables.
—¿La echo? —inquirió, con indiferencia, Gubio Orsini.
—Gran hazaña fácil será el echarme reconoció, sin inmutarse, la francesa. —Pero, escuchad al menos, madona, lo que vengo a advertiros. Supongo que vuestro dogo podrá oírme. Vivisteis con Jérôme Vilain llevando determinada misión.
—Murió.
—Lo sabemos ya. Pero vos seguís viviendo.
—Renuncio a obedecer las órdenes de Barnabó Lieto, señora. Y doy por terminada muestra conversación.
—Un instante. ¿Tan mal queréis a vuestro hermano «Faciatosta», que estáis decidida a firmar su sentencia de muerte?
Contuvo Sandra el gesto con que Orsini se disponía a asir por los brazos a la intrusa.
—No os entiendo, señora.
—No ignoráis que el Pulpo no admite fracasos. Vinisteis para negociar determinada, concesión de Dago Corsi. Murió Jérôme… Lamentable, pero es riesgo que todos corremos. Estamos enterados de que «El Diablo Corso» consiguió reconciliaras con vuestro integro hermano. Suponemos que podéis muy bien citar a Dago Corsi, para una entrevista aquí mismo. No os pedimos más. Después, podréis ir al convento si tal se os antoja… aunque tan bella como sois… y con este hermoso servidor…
—¿Y si me niego a citar a Dago Corsi?
—Ahí tenéis la respuesta, madona.
Señaló Viviane

d’Aurigny
hacia el fondo del amplio vestíbulo. Charles Nombra, respaldado por cuatro *bravis*, saludó con breve inclinación de cabeza.

—Aconsejad a vuestro escolta que no cometa imprudencias —dijo, flemáticamente, el inglés—. Ningún peligro corréis si cesáis en obstinaros en lo imposible, como es desentenderos de los intereses que servimos.

De nuevo, contuvo Sandra el gesto con que Gubio Orsini, desenvainaba estoque y daga.

—Mientras cuatro llamaban con mi… esposa… otros cuatro llegaron conmigo, prefiriendo entrar por el jardín. Reflexionad, Sandra Renzo. Sois joven y lo es vuestro escolta. Tan sólo se os pide cumpláis con lo que es vuestro compromiso. Deseo conversar con Dago Corsi, pero ni le conozco ni quiero arriesgar la pérdida inútil de tiempo en dar con él, suponiendo que aceptara conversar conmigo. Vos sabréis escribirle mensaje agradecido, convocándole. Después… libre seréis de insistir en vuestra decisión conventual. Me disgustaría sobremanera forzaros a obrar con amenazas sobre la vida de vuestro hermano, que por el instante ningún peligro corre y que si debe morir será luchando armas en mano contra los invasores y no apuñalado a traición, por veneno, o sucumbiendo al tormento de mis verdugos. ¿Me permitís que os dicte el mensaje?

Viviane
d’Aurigny
había abierto la puerta y los otros cuatro individuos habían entrado. Todos formaban un cerco, en cuyo centro, comprendió Sandra Renzo que no cabía posible resistencia.

Siguió conteniendo a Gubio Orsini.

—Acepto, señor…

—Carlo Mombri, vuestro agradecido servidor.

* * *

Umbrías alamedas, donde los tupidos rosales en su abrazo con los mirtos, formaban a modo de cóncavas paredes naturales, conducían al bello jardín que había sido orgullo de la Casa Renzo, y que ahora, las recientes luchas entre los hermanos menores y el abandono que el mayor de los Renzo había hecho de su patrimonio para lanzarse a la sacrificada existencia del condotiero, convertían

casi en selvático bosquecillo lo que antaño fue vergel cuidadosamente atendido.

En un pequeño estanque, donde sobre las flotantes hojas de los nenúfares croaban de vez en cuando las ranas, paseábase una mujer, la cual parecía ensimismada en hondas reflexiones.

Sobre los pétalos, el verdor y las quietas aguas, derramaba la luna claridades fantasmales.

Detúvose ella en su paseo para alzar el lindo rostro mirando hacia lo alto, donde en la copa de una mimosa desgranaba un ruiseñor el alegre trino de su copla.

La hora, la quietud y el silencio, turbado sólo por las voces naturales de la noche en parajes boscosos, conferían al pensamiento de Alessandra Renzo, una determinada propensión al enervamiento.

Tras ella, a una permanente distancia de cinco pasos, un hombre, más que escoltarla, parecía adorarla mudamente.

Gubio Orsini, alto, apuesto y de hermoso rostro varonil, que parecía tallado en mármol, sombríos los ojos, vestía la característica ropa del *bravi*.

Sus negros cabellos aceitosos estaban prendidos en redecilla que caíale a un lado del pecho, contorneando la nuca.

Su jubón destellaba en profusión de encajes, sedas y lazos, mientras en su cinto formaban aspa el estoque, el puñal y la daga.

Hubo un instante en que Sandra Renzo pareció dispuesta a buscar consuelo confiándose, al hombre que traicionando a Conrado Paolo Renzo, había declarado su propósito de convertirse en sombra vigilante de la que, por venganza, pactó con los genoveses.

Y, por fin, tal vez estremecida indefiniblemente su alma por el eco de unos trinos que más parecían tristes lamentos, Sandra Renzo cubrióse el semblante con las manos para susurrar:

—Es horrible lo que he hecho, Gubio.

Adelantóse él, permaneciendo a un paso tras de ella, que más que hablarle, parecía dirigir sus palabras al quieto estanque:

—No hiciste, mi señora, más que lo necesario.

—Traicionar al que me salvó la vida es vileza sin atenuantes.

—Era la vida de tu hermano, mi señora, contra un simple señuelo destinado a convocar y a traer a Dago.

—Él vendrá confiado. Y razón tendrá en maldecirme y despreciarme, al ver que como recompensa yo le he atraído a una

emboscada.

Inconscientemente, miró ella en rededor, donde invisibles y ocultos entre la maleza acechaban en continua espera los esbirros de Charles Mombray. No veía más que solitaria floresta.

—Debes pensar que Dago Corsi no merece tantas contemplaciones, mi señora. No es más que un lobo que por una vez sintióse generoso. Además, lo más cierto es que se avenga a tratar con quien te dio a elegir entre lo que hiciste o poner en serio peligro la existencia de «Faciatosta», cuya vida se conserve para bien de Córcega.

—Cruel es mi destino que sin yo quererlo, me obliga a mezclarme en sangrientas lides. Aún perdura en mis oídos la voz acariciante con que Dago Corsi me decía que, nacida para amar, era mi sino rehuir cuanto supusiera venganza, ambición y lucha.

—Ahora no te quedaba elección, mi señora. No hiciste más que lo que tu cariño fraternal te exigía.

—Si por venganza fratricida no hubiese cometido la felonía de vender mi ayuda a los genoveses, ahora no estaría yo sintiendo el punzante remordimiento de saberme autora de la celada.

—No pienses más en ello, mi señora. ¿A qué conduce lamentar lo que remedio no tiene, y más cuando no es obra de tu propia voluntad? Y te repito que si bien por un instante y contigo, El Diablo Corso quiso ser generoso y cordial, es su costumbre ser muy distinto.

—Sola en el mundo, necesitando tener un consejo y un brazo en el que apoyarme, no es de extrañar que anhele, al carecer de ambos, un refugio donde para siempre olvidar en el aislamiento, que nací mujer marcada con el estigma del infortunio.

Tras ella, Gubio Orsini, mordiendo las palabras, como si cada una de ellas le costara un gran esfuerzo, murmuró:

—Soy lacayo de espada y puñal, pero aunque a impertinencia lo tomes, debo recordarte que estando yo contigo, consejo tienes y brazo te apoya.

Volvió ella el rostro bañado en lágrimas y era tal el patético desamparo de su figura, que Gubio Orsini, arrodillándose, besó la orla del femenino vestido.

—Castiga mi insolencia, Sandra. ¡Si mi corazón suspira por verte1 feliz!

—Tu… afecto me conmueve, Gubio.

—La penumbra me da valor, Sandra. Soy un *bravi* y caro pago el atrevimiento de haberme enamorado de ti. Déjame adorarte en silencio, sin esperanza. Y al igual que mataré al que intente hacerte daño, me mataré feliz, si con otro hombre lo eres. Porque tu felicidad quiero… y escucha mi consejo, Sandra: No encierres tu beldad entre monásticos muros. Te debes a tu casta… «Faciatosta» vive en continuo peligro. Si él muere, debe quedar un Renzo en el mundo.

Más que las palabras viriles, emocionaba el ánimo de la mujer, el ardor sombrío que leíase en las crispadas facciones del que, en pie, declaraba su pasión.

Tendió ella el brazo y su mano se aplicó contra los labios del *bravi* como para enmudecerle.

El tibio contacto se prolongó, y los negros ojos de Gubio Orsini, complementando el hechizo de la noche, hicieron que Alessandra Renzo, sola, abandonada sin el impulso vengativo que la hiciera olvidarse de todo, se sintiera mujer al fin.

Cuando bajo las apasionadas caricias del que, enajenado de gozo, supo adivinar la entrega que de sí hacía ella, Sandra Renzo se abandonó al germinar de un nuevo amor que la amparase un ruiseñor trinó melodiosa cascada de arpegios alegres, como proclamando la eterna verdad del embrujo de la noche y la soledad.

* * *

El sol teñía de amarillos resplandores la arena, donde una cincuentena de jinetes mantenían orgullosamente las bridas de soberbios ejemplares equinos, forzoso donativo de Bruno Sarto, «El Espléndido».

Todos a una, los jinetes se inmovilizaron marcialmente, cuando descendiendo de la gruta, Luys Gallardo, acompañado por Delfín Lechuga, aproximóse, mientras Filipo Ferrante, saludaba estentóreamente:

—¡Viva Dago Corsi!

Aclamación que fue coreada entusiásticamente por los cincuenta juveniles bandoleros patriotas de Bastelica.

—En su tumba no imaginará el lisonjeado, que tantas simpatías se está ganando, ahora que muerto está —rezongó, por lo bajo,

«Siete Vidas».

Denegó Gallardo al preguntar Filipo Ferrante si debía escoltarle, y poco después, cuando atrás quedaba la franja arenosa y pisaban ambos el sendero que a la capital conducía, Delfín Lechuga señaló al mar:

—Allá ha de aparecer el sábado la chalupa que enviará Abdul Hamez, el que se creyó mi tirano; ¿tienes pensado plan provechoso para arrebatarle las tres galeotas? Piensa también que, como turco, es taimado y poco propicio a caer en celada que no esté bien urdida.

—Por el momento, a dos citas acudo, y como femeninas son, no te necesito.

—Perdón, messer, pero yo soy tu guardaespaldas.

—No tengo espaldas, cuando trovas canto.

—Si no me engaño, tu primera cita es con Sandra Renzo. Y aseguraste no era de amores.

—Lee, incrédulo.

Extrajo Gallardo de su cinto el mensaje que la tarde anterior habíale entregado una dueña.

Sin delicadezas que juzgaba desplazadas, Delfín Lechuga, en voz alta, leyó:

> «Messer Corsi:
>
> »Un corazón rebosante en gratitud, os envía estas líneas, en súplica de que si a bien lo tenéis, consideréis como vuestra la casa de los Renzo, que mañana al atardecer abandonaré para ingresar en convento. Es mi anhelo reiteraros mi gratitud por haber conseguido paz para mi atormentado espíritu y mi reconciliación con mi hermano Ugo Paolo.
>
> »Vuestra deudora,
>
> »Alessandra Renco».

—… Y a su *postsciptum* rogándote dieras respuesta verbal o

escrita a la mandadera, replicaste que esta mañana acudirías.

—Y a eso voy y no necesito compañía.

—¿Has pensado que conociste a Sandra, como autora del envío de trece *bravis* que en el Lago de Venus hallaron tumba gracias a que tú y yo, espalda contra espalda, los pasaportamos?

—Eres demasiado desconfiado, Delfín. Ayer, ante la bella Bianca Ventiglia, me diste codazo proviniéndome contra posible veneno y denegué copa de vino. Un vino inocente y delicioso que ella en mofa apuró.

—Bien pudo ser veneno. Bien puede haber añagaza en la cita de Sandra Renzo.

—Eres pesado, gato.

—Recuerda que tú pesas mucho, porque Dago Corsi es muy solicitado. Déjame, pues, servir de concienzudo y a ratos, de importuno guardaespaldas. Cuenta con mi discreción para cerrar los ojos si la galantería me obliga a ello. Además, sé muy bien girar sobre los tacones, en los precisos momentos.

Extendióse el castellano en anécdotas tratando de demostrar que los enamoradizos corrían continuos peligros, si no llevaban consigo el contrapeso de un prosaico acompañante.

Por las calles, el paso de un trovador y un «levante», no despertaba curiosidad. Si acaso, algunas miradas femeninas demostraban que la bizarra apostura de ambos hombres no pasaba desapercibida.

—Bello escudo el de «Faciatosta» —comentó Gallardo, ante el umbral.

Antes que Delfín Lechuga asiera el aldabón, la puerta abrióse.

—Esperado eras, messer. Pero permíteme que te preceda.

—Guardas mi espaldas, que no mi cara, señor pícaro desconfiado —arguyó Luys Gallardo, apartando al espadachín.

El vestíbulo estaba desierto. Ojeaba circularmente Delfín Lechuga, cuando apareció procedente de un vecino salón Viviane d'Aurigny.

—Sopla… —murmuró «Siete Vidas»—. Bella criatura, pero no es Sandra.

—Excusad a mi lugarteniente —dijo Luys Gallardo—. Citado por madona Renzo, he acudido.

—Viveta Dalmela para serviros, galán —manifestó la francesa,

no ocultando su habitual desenfado cuando como ahora, veíase ante hombre guapo.

—¿También para servirme acuden ésos? —sonrió Gallardo, señalando la puerta cerrada y dos umbrales, por los que habían ido apareciendo de dos en dos, la decena de *bravis*.

Contra su dorso, sintió el roce de la maciza espalda de «Siete Vidas».

—Sois muy temible, messer Corsi —dijo la francesa, haciendo gentil reverencia—. No os toméis a mal, pues, que mi escolta, cumpliendo con su deber, presencie nuestra charla.

—Vine a ver a madona Sandra, y aunque vos, grata me seáis a la vista, me debo a mi cita. ¿Ordenáis a vuestros escoltas que abandonen la puerta o tendré que demostraros que si cedo a invitaciones no atiendo a imposiciones?

Enrollado el vuelo de su capa en el antebrazo izquierdo, Delfín Lechuga, al aire su tizona, cumplía gustoso y gráficamente con su cometido de guardaespaldas, y casi agradecía que la ocasión le diera fundamento, para no ser llamado en vano desconfiado.

—¿Vais a firmar la condena de muerte de madona Sandra, messer? —inquirió la francesa, amablemente—. Tengo entendido que no os es indiferente la preciosa existencia de la linda Sandra. Y a cambio, sólo pedimos conversar con vos, messer. Excusad los *bravis*, pero nadie, osa hablar a solas con vos.

—Menos cháchara y al grano —gruñó Delfín Lechuga—. ¿A ellos, mi amo?

CAPÍTULO V

BEATRIZ D'EVISA

Entre dos jacas ricamente enjaezadas manteníase velada litera, común medio, por entonces, de transitar que solían emplear las damas principales que deseaban verse libres de impertinentes miradas.

En la silla de las dos cabalgaduras montaban sendos soldados, recubiertos de malla y rodeándoles cráneo, nuca, y aladares, tela también de acero eslabonado.

A retaguardia de las dos jacas, Ulrico Wolemburg, rodeado, bajo la cota de mallas, por hilas y bálsamos que aminoraban la llagadura de su maltrecho busto, y casi por completo cubierto el rostro con idéntico remedio al quebranto producido por los cascos del caballo, presentaba la misma reciedumbre corpórea que sus dos *reitres*.

Recostada sobre los almohadones y pieles que cubrían el mullido interior de la litera, Beatriz d'Evisa, desvelado el rostro, pendientes sobre el hombro las gasas con que se cubría de costumbre el blanco cutis, mostraba la perversa belleza que le había valido el triunfo sobre la voluntad de Giacomo d'Evisa, que la hizo su segunda esposa, a poco de enviudar.

Desde el día en que Giacomo d'Evisa quedó prendado en el fatídico encanto de la seductora Beatriz, pareció como si un filtro de debilitantes efectos dejase sin voluntad al prócer corso.

De cuanto sucedía en la apartada mansión de los

d'Evisa,
sólo Clara, la hija única de Giacomo, hubiera podido dar una exacta y fidedigna versión estremecedora.

Pero, por el instante, Beatriz
d'Evisa
disponíase a ejercer sus dotes de irresistible seducción, si la dialéctica no bastase, en la voluntad del Podestá de Ajaccio, Giordano Stefano.

Temía que su hijastra, que aún no había sido hallada, hubiera podido buscar refugio cerca de la primera autoridad. En realidad, esto no le inquietaba demasiado; pues, anticipándose a posibles contingencias, Beatriz
d'Evisa
había pagado para hacer circular el rumor de una supuesta locura de su hijastra, y por ello consideraba poco difícil convencer al Podestá de que todas las «invenciones» de Clara
d'Evisa
tenían fácil remedio, volviéndola al «cariñoso» cuidado que ella le proporcionaría.

Y, por último, había meditado que el medio más rápido, tanto para hallar a la fugitiva como para así castigar al insolente trovador que se había interpuesto en su camino, era recurrir al Podestá.

Todos aquellos pensamientos entretenían la impaciencia de la dominante Beatriz, la cual descendía poco después de su litera ante el palacio del Podestá, para ser inmediatamente recibida, apenas anunciada, por el diplomático y tortuoso Giordano Stefano.

El Podestá, que, con Ugo Paolo Renzo y Bruno Sarto, compartía el triunvirato de prohombres más importantes de Ajaccio, aunque era muy sensible a las femeninas bellezas y al influjo del oro, anteponía a todo su ambición política.

Pero en el caso de los
d'Evisa,
casi consideraba una ventaja que quedase eliminado de la vida social Giacomo
d'Evisa,
que así constituía un posible rival menos.

Por eso, aunque sabedor de las intrigas que tenían lugar en la mansión tiranizada por la que ahora le visitaba, prefería hacerse el

ignorante.

Muy obsequioso, besó la diestra de Beatriz d’Evisa.

—Espero, madona Beatriz, que vuestra visita será simplemente cordial, y que no tenéis queja de nadie ni necesitáis protección.

—Mi cordialidad os la garantizo, Podestá.

—Hace tiempo que no gozo del privilegio de ver a mi dilecto amigo Giacomo. Deseo siga siendo el bravo y alegre gran señor que siempre ha sido.

—Hace un tiempo que su estado de salud deja que desear…, aunque no es cosa de gravedad. Pero soy muy desgraciada, Podestá.

—Si en algo puedo serviros…

—Mi hijastra Clara, a la cual quiero y mimo como si mi propia hija fuera, sufre desde hace meses alucinaciones y manías: enojosas. No más tarde que ayer noche huyó de casa, y estoy preocupadísima, porque montaba un caballo indómito.

Sabía Giordano Stefano que el único obstáculo que se interponía en el deseo de la hermosa mujer de Giacomo d’Evisa para heredar los bienes de éste era la vida de Clara. Pero fingió ignorarlo.

Adoptó una expresión cariacontecida, para afirmar:

—No temáis, madona, ningún percance grave. Seguramente, a estas horas, cansada de galopar, madona Clara habrá regresado a vuestra casa.

—Pensé que sería posible buscase refugio junto a vuestra autoridad.

—Declino tal honor, madona, y os prometo que si madona Clara, equivocadamente, creyera encontrar aquí el calor que sólo vos podéis darle, personalmente la devolvería en seguida al maternal regazo.

La velada ironía no fue recogida por Beatriz, porque el Podestá ostentaba en el semblante una expresión sincerísima de interés.

—Ved, Podestá, que ella, por sus alucinaciones…

—Nada temáis, que no soy yo mente crédula, que mal pueda pensar ni deducir de locuras de niña.

—Gracias, Podestá.

—No me deis el título, madona, que deseo reine entre ambos

una gran amistad.

—Entonces, llamadme vos Beatriz, Giordano.

—Os sienta a maravilla la quietud de vuestra morada. Pero no es justo que privéis las reuniones de Ajaccio del sin par espectáculo de vuestra imponderable hermosura.

—Cuando mejore mi esposo, será para mí muy grato el acudir a festejos. Pero ahora me debo a mi casa.

Gazmoña y cumplidora ella, comedido y cortés él, desempeñaban ambos una escena más de la comedia social, siendo grandes actores.

—Y por último, Giordano, vengo a pediros justicia contra un miserable juglar errante.

—Soy todo oídos. Decidme el nombre del villano felón, y será castigado a medida de vuestro gusto.

—Dijo llamarse Luys Gallardo.

—¿Os ofendió?

—Cuando casi lograba dar alcance a mi infortunada hijastra, se interpuso este trovador, quien, pese a mi ruego, no sólo dio muerte a tres de mis mejores mastines, sino que, tras vapulear a Ulrico Wolemburg, osó amenazarme.

—Merece la muerte más afrentosa. Describídmelo, Beatriz.

—Tiene apostura y desenfado, y será fácilmente reconocido por el hecho de que, terciado al hombro, lleva un laúd de plata.

Giordano Stefano avanzó el busto, como si lo que estuviera oyendo reclamara de pronto su especial atención.

—Por favor, Beatriz… Además del laúd de plata, ¿no visteis otra prenda o marca característica?

—En su rojo jubón llevaba bordadas unas dagas, y fueron también estas armas las que empleó.

—¿Viste capichuela carmesí, calza de malla, bota negra y capuz rojo?

—Exacta descripción, Giordano. ¿Le conocéis, acaso?

Suspiró el Podestá.

—Lo lamento, madona, pero por el instante quedarán sin castigo las insolencias que haya podido realizar ese aparente trovador.

—Pero… vos, mi amigo, ¿tomáis parte a favor de un trovador?

—Es que… ese trovador es Dago Corsi.

—¡Dago Corsi! —exclamó ella—. Ahora comprendo su actitud…

Pero ¡razón de más, Podestá! ¿De cuándo acá vos rehusáis apresar un bandido que ha dejado tras sí estela de sangre y atroces fechorías?

—Dejadme que os ilustre, madona. Vivís retirada…, cuidando cariñosamente a vuestro esposo…, y, por lo tanto, desconocéis las últimas noticias. La situación presente, calma amenazadora que presagia un nuevo intento de invasión, esta vez con mayor ímpetu, pues se han aliado genoveses y franceses, ha obligado a «Faciatosta» a pactar con Dago Corsi.

Y por el bien de mi patria, he aceptado la alianza. Dago Corsi es, por ahora, un capitán condotiero… Más tarde, madona…, cuando no sean precisos sus servicios, o si nos traicionara, entonces… muy gustoso os lo entregaré.

—¿Y hay que entender que ahora él es libre de cometer desaguisados a placer?

—Infortunadamente, mi autoridad no puede alcanzar a quien es, hoy por hoy, un baluarte importante en la defensa de Ajaccio.

La despedida de Beatriz d'Evisa careció de la cordialidad que tuvo su entrada.

Cubrióse de nuevo el rostro con el velo de gasa, y tuvo otro motivo de enojo al que, en la calle, Ulrico Wolemburg, como los dos *reitres* a caballo, contemplaban con fruición a una mujer que, descalza, falda corta y corpiño apretando amplia camisola escotada, mantenía abiertas las cortinas de la litera, examinando el interior.

—Apartadla —ordenó, disponiéndose a subir.

Pero la desconocida irguióse con soberbio ademán, exclamando:

—¡Ay de quién se atreva a poner la mano encima de Bárbara Foscari, la amada de Dago!

Detuvo Beatriz con un ademán el avance de Wolemburg, que se disponía a brutalizar a la calabresa.

Y tuvo inflexiones casi cariñosas la voz de Beatriz al preguntar:

—¿Os place mi litera, Bárbara? Perdonad si, al desconoceros, quería, como es natural, evitar que mis caballos os dañaran.

—¿Es tuya esta litera? —inquirió Bárbara, ya aplacada.

—Y vuestra.

Acariciando las telas de los almohadones y la piel mullida, Bárbara Foscari semejaba una niña deseosa de jugar con bellas

muñecas ajenas.

—Podéis, si lo deseáis, acompañarme a mi casa. Soy buena amiga de Dago Corsi, que muchas veces me ha hablado de vos.

La calabresa subió a la litera, tendiéndose en ella con visible deleite. La charla de Beatriz d’Evisa supo agradar a la amante de «El Diablo Corso».

Cuando la litera se aproximaba a la mansión de los d’Evisa, habló Beatriz en tudesco con Ulrico Wolemburg.

Y mientras Bárbara Foscari se extasiaba ante la magnificencia de los jardines y estatuas que ornaban la recoleta morada, Beatriz d’Evisa escribía:

«Trovador:

»Me honrarás con tu visita, ahora que sé que Luys Gallardo es uno de los apodos con que gusta de encubrirse el interesante “Diablo Corso”. Olvidemos nuestra rentilla, porque tu amistad deseo».

»Dama Misericordia».

Un *reitre* partió al galope para llevar el mensaje a la Gruta de Anfítrite.

CAPÍTULO VI

EL PULPO SE CONTRAE…

La actitud de matachín de Delfín Lechuga y su pregunta, al igual como el ceño fruncido de Luys Gallardo, hicieron que los *bravi* se aprestaran a luchar.

Pero en el umbral, tras Viviane
d'Aurigny,
apareció la corpulenta figura de Charles Mombray, cuyo rostro romano ostentaba expresión de disgusto.

—Mil excusas, messer Corsi —rogó, con ademán conciliatorio—. Debe sin duda tratarse de un erróneo concepto de lo que sucede. Mi esposa —y señaló a la francesa— habrá expuesto poco hábilmente la razón por la que, como buenos amigos de madona Renzo, nos hemos permitido invitaros a considerar vuestra esta casa.

—Casa que es de madona Renzo, a quien vine a visitar.

—Carlo Mombri —presentóse el inglés, saludando—. ¡Retiraos! —ordenó secamente a los *bravi*.

Todos ellos desaparecieron1 tras los mismos portantes por donde con celeridad habían aparecido.

Depuso el trovador su postura de alerta combatividad, al igual que Delfín Lechuga, que, envainando, dedicó uno de sus codazos de aviso a su amigo.

—Madona Renzo, indispuesta, me ruega os hable en su nombre, messer Corsi —explicó, untuoso, el inglés.

—No tengo por qué hablar contigo.

Sin desconcertarse lo más mínimo, porque ya contaba con la brusquedad proverbial del que considerábase dueño de vidas y haciendas en la, isla corsa, Charles Mombray expuso:

—Quiero haceros constar, messer. Corsi, que tanto madona

Renzo como mi propia esposa y yo mismo, estamos presos en los tentáculos implacables de un poderoso pulpo.

—¡Ahí va! —rezongó «Siete Vidas»—: ¿Es ésta la casa de los Renzo o mansión de orates?

Luys Gallardo, que presentía algo turbio en los dos seres dispares que ante él veía, hízose brutalmente campechano, en su representación del bandido.

—Tengo tiempo para perder, sapo. Explica lo del pulpo tragón.

La sonrisa de Viviane d'Aurigny no pasó desapercibida al trovador.

—¿Te causo hilaridad, preciosa?

—Disteis a mi esposo un calificativo que yo misma suelo emplear en los instantes íntimos en que propensión tenemos a esas nimiedades.

Charles Mombray no se ofendió. Tenía recia la epidermis.

—En toda Italia, y también en Francia, la mención del pulpo significa para los versados en políticas lides la representación poderosa de la Banca de San Jorge.

—¿Banca de San Jorge?

—Un consorcio unificado de financieros de varios países, que se proponen determinados fines, por medios generosos. No sé si sabréis, messer Corsi, que Sandra Renzo tenía por misión, como agente de la Banca de San Jorge, lograr que vos, el hombre más importante de Córcega, consiguiera adivinar las ventajas de no intervenir en la lucha que se avecina.

—¿En calidad de qué eres tú portavoz?

—Yo y mi esposa formamos parte de los servidores del pulpo.

—Al menos franqueza no te falta cuando te apetece. Al igual te hablaré. ¡Mísero infeliz! ¿Es que pudiste ni por un instante suponer que yo, Dago Corsi, me avengo a obedecer instrucciones ajenas?

—Yo nada supongo, messer. Soy un mero y pasivo instrumento. La Banca de San Jorge es humanitaria; quiere evitar una larga lucha inútil. Ofrece cien mil florines de oro a quien comprenda que en manos genovesas la isla corsa alcanzará un esplendor sin par.

—¡Sopla! —exhaló Delfín Lechuga—. ¡Cien mil florines! Castillos en España y vida regalada, messer…

La diestra de Gallardo pareció lanzar un zarpazo cuando asió por

el pulcro coleto al inglés, atrayéndolo hacia él.

Y, rostro contra rostro, silabeó:

—¿Soy yo un Judas? Contesta, sapo.

—No es traición —repuso el inglés, serenamente.

Para Luys Gallardo, sólo una cualidad existía en los hombres, fueran o no viles y enemigos: la valentía.

Soltó al inglés con un empujón.

—Si no es traición, ¿qué es lo que me ofreces?

—Abstención, messer. Y que toméis en consideración un punto digno de estudio. Si fracaso yo, ha fracasado madona Renzo…, y esto significa muerte para nosotros, porque el pulpo paga con la misma generosidad éxitos y fallos.

—¿Y en qué me importa a mí tu muerte?

—La mía, en realidad, sólo a mí incumbe —reconoció, con ácida ironía, el inglés—. Pero os reputan caprichosamente galante, messer. Y tal vez la suerte de madona Renzo os interese.

—Tal vez. ¿Dónde está ella?

—Sufre de remordimientos, porque la obligué a escribir el mensaje que recibisteis.

—Valor no te falta.

—La desesperación me obliga a ser sincero a veces, messer.

—Hábil granuja… —comentó, convencido, «Siete Vidas», mientras dedicaba, ardientes ojeadas a la francesa, que mudamente presenciaba el diálogo.

—Repito: ¿dónde está ella?

—En el jardín —intervino Viviane d'Aurigny, y añadió—: Creo que está olvidando sus deseos de ingresar en convento, ablandada por las argumentaciones del guapo Orsini.

—Podéis, si os place, messer, oír de labios de Sandra Renzo cuanto os he expuesto. Yo he colocado los naipes boca arriba… Vos decidís.

—Haz compañía a la dama y su esposo —dijo Gallardo, guiñando al castellano—. No me interesa que el pulpo pague al sapo por mi definitiva abstención.

Salió el trovador en dirección al jardín.

Delfín Lechuga, acariciándose el mostacho, quiso aclarar lo que acababa de decir su amigo.

—Por si no está explícito, messer Corsi supone que no te disgustaría verle cadáver, Cario.

—Las ambiciones humanas son a veces desmedidas, señor. Pero yo sé mantenerme en los límites humanamente asequibles.

—Culta parla la tuya. Os felicito, señora, por poseer un marido tan diplomático.

—A vos, que, según veo, sois el hombre de confianza de messer Corsi, os puedo confesar que sólo en apariencia, y para otros fines, figuramos como esposos. Pero, por suerte, no tengo tal desgracia.

—Sois deliciosa —rió Delfín.

También rió el inglés, sin ruido. Comprendía que la francesa proponíase influir en el ánimo del lugarteniente.

En el jardín, Sandra Renzo, sentada en un banco, oía complacida las elocuentes frases con que Gubio Orsini hablaba de una huida a la bella región florentina, donde, en apartado retiro, podrían desposarse, permaneciendo allí hasta que, muerto Dago Corsi o triunfante «Faciatosta», pudieran regresar sin temor de represalias.

El *bravi*, con ágil salto que demostraba sus dotes combativas, presentó espada y daga al recién llegado, amparando con su estatura a la mujer sentada, que lanzó un ahogado gemido al reconocer al visitante.

—Hola, Gubio Orsini. No te sientas peleón hasta que no te avise. Te saludo, Sandra. Advierte a tu custodio que no gusto de bravatas a destiempo. Ya sé que el mozo es valiente.

—Perdona, Dago Corsi —suplicó ella—. Me vi obligada… Era la vida de mi hermano y la mía… No traigo perdón, soy infame…

—Reproches injustos, Sandra. Dime: ¿es cierto que el pulpo te tiene presa?

—Mi misión, era lograr que aceptases la oferta de la Banca de San Jorge, y por eso vine acompañada de Jérôme Vilain…

—¿Recuerdas cuando te conocí? Te dije que tu linda persona, nacida para los dulces deliquios del amor, no debía inmiscuirse en el lodazal de las ambiciones sangrientas que infestan las relaciones humanas. Veo que tus manos rodean los fuertes brazos del que me presenta el pecho, amparándote. Y en el gesto hay ternura… Bien; te sientes ya protegida. ¿A qué esperáis, pues, los dos, para huir lejos de esta tierra y de los tentáculos del pulpo?

—Diez secuaces tiene Cario Mombri que impiden salir —dijo,

sombríamente, Gubio Orsini—. Ningún daño harán a mi amada, pero sería exponer su para mí preciosa existencia el intentar huir.

—Sensato eres, Orsini. Venid conmigo, tórtolos.

A la entrada de Luys Gallardo, seguido por Sandra Renzo, que se apoyaba en el antebrazo de Gubio Orsini, Delfín Lechuga apartóse de Viviane d'Aurigny, a la cual estaba dedicando madrigales encendidos… con no fingido placer de aceptación de la coqueta francesa.

Charles Mombray, algo alejado, fijó la turbia claridad de sus ojos en el trío.

—Una pregunta, Cario Mombri o como te llames —dijo, incisivamente, el trovador—. ¿Eres huésped de madona Sandra o la retienes prisionera como rehén de mi aceptación?

—Torpe de mí, si pretendiera convenceros con violencias, messer. Sólo obligué a madona Renzo a escribir mensaje que me permitiera poder conversar exponiéndoos los intereses que represento modestamente.

—Tu melosidad no me engaña, y te hago saber que si cualquier mal les acontece a ellos, tú lo pagarás. Ella cumplió, aquí estoy, y libres quedan, por lo tanto, de apartarse de cuanto no sea dedicarse a la hermosa soledad de dos en compañía. Aquélla es la puerta, Gubio Orsini, y vos, madona Sandra, permitidme bese vuestra diestra, con votos por vuestra eterna paz y sosiego.

Tras besar la mano de Sandra Renzo, el trovador señaló la puerta a Charles Mombray.

—Advierte a tus *bravi* que dejen paso libre.

Flanqueado por el español, el inglés avanzó, y abrió la puerta. A su presencia, apartáronse los cuatro *bravi*.

—Paso libre —dijo, secamente, el inglés.

Volviéndose de vez en cuando, alejóse calle arriba la que con todo el fervor de su corazón agradecía al que suponía cruel bandolero la galante y generosa intervención.

Cerró Gallardo la puerta.

—Ahora podremos hablar con más libertad, Cario Mombri. Cuando perciba los cien mil florines, entonces daré mi aquiescencia.

El inglés ostentó una repulsiva sonrisa.

—Creo que os vais a incomodar, messer Corsi; pero recordad

que sólo soy un mero instrumento. El pulpo desea pruebas evidentes de vuestra fidelidad al pacto que aceptéis. Estiman muy posible que no seáis fiel a vuestra palabra.

—¿Qué pruebas requiere?

—Doblaría la oferta, y serían doscientos mil florines los que os entregarían, si cuantos hombres os siguen hicieran viaje a Génova, enrolándose en los banderines de mercenarios que allá se están equipando. Y al triunfo de la causa apoyada por la Banca de San Jorge, seríais nombrado Podestá Mayor de la isla.

Un ansioso codazo de Delfín Lechuga tenía elocuencia bastante para hacer comprender los pensamientos del enviado de Abdul Hamez.

Luys Gallardo apoyó un erecto índice en el carnoso y blando pecho del inglés.

—Doscientos mil florines y un cargo fructífero, son ofertas generosas, en las que pensaré.

—Eso es natural, messer Corsi.

—¡Mísero insolente! —exclamó de pronto el trovador, con toda la soberbia arrogante de Dago Corsi—. ¿De cuándo acá pueden imaginar tus amos que iba yo a prestar oídos a ofertas de mercader? ¿Y de cuándo acá te figuras tú que puedes estar ocupando casa de valiente condotiero corso? Mi paciencia tiene un límite. Huye, o escóndete en el centro de la tierra, pero que no vuelvan a cruzarse nuestros caminos. Vete a Génova, y dile al pulpo que pez espada soy, que corta, trincha y raja por donde navega. Y que cuando oro quiero, alargo la mano y lo tengo, sin venderme ni avenirme a contubernios. Y ahora… precédeme y ábreme la puerta.

Y da gracias al Azar, que hoy dispuso que mi temple fuera amable. En cuanto a vos, señora, permitidme un consejo: sois muy bonita, y el aire de Ajaccio no sentaría bien a la tersura de vuestra tez. Hermosa reina sois para servir de tentáculo. Cuidado con tus pensamientos, Cario Mombri.

Charles Mombray, impasible, aunque lívido, abrió la puerta.

—Saludad a messer Corsi —ordenó, como anfitrión que despide a un invitado.

Los *bravi* obedecieron, mientras por entre ellos pasaba Luys Gallardo seguido por el vigilante Delfín Lechuga.

Lejos ya de la casa de los Renzo, «Siete Vidas» gruñó:

—Sois un simpatiquísimo caballero andante, messer. ¡Mala peste me pudra! ¿Qué se os va en la suerte de Córcega? Eran doscientos mil florines, y librabais esta ciudad de la carroña de los piojos de Dago Corsi.

—¿Para convertirlos en furias demoníacas de invasión? Atiende, mentecato: ya que de andanzas y caballerías hablaste, te cojo la palabra. Por la tibieza que en mi corazón alienta cuando veo sonreír el sol en la nieve, me he propuesto ser el paladín que mi dama desea, y lo seré. ¿Qué son doscientos mil florines? Fríos redondeles de metal amarillo…

—¿Cuál es el sol y dó está la nieve, trovador?

—La condesa de Montemar era fría estatua de nieve, hasta que me sonrió, afectuosa. Y ella es mi dama.

—¡Acabáramos! No tienes remedio, trovador. Naciste español, y de los románticos. Quieres poner a los pies de tu amada el pulpo aplastado.

—No amo a Altiera, ni me ama. Es algo indefinible, que no sabrías comprender. Es la satisfacción que produce el obrar bien, sin esperar agradecimiento.

—Puede ser que te produzca satisfacción… Pero ¿has pensado que, por si fueran pocos los peligros que acechan a Dago Corsi, acabas de lastrar la espalda con el nuevo fardo de un poderoso enemigo?

—Tú guardas mis espaldas.

—Mal inspirado estuve cuando contigo simpaticé… ¿O será que, en el fondo, también a mí me encanta incordiar y estropear los planes de los tunantes? ¿Dó vamos ahora, mi caballero andante?

—Tengo prometida visita a la mujer más bella de Ajaccio.

—¿Bianca Ventiglia? No; si ya me lo tengo más que sabido: tú, lo que quieres, es morir joven y heroicamente.

—No hay riesgo en extasiarse ante la hermosura inigualable de la angelical Bianca.

—¿Sabes lo que pienso, trovador? Que eres un alegre falderillo retozón porque aún no sabes lo que es sufrir de amor, y la tragedia no ha ensombrecido tu existencia con el doliente dardo de una pasión verdadera. En fin, que siga tu camino siendo lecho de rosas, porque todas te sonríen, dispuestas a dejarse convencer por tu desenfado de vagabundo juglar. Que eso es lo que en ti es acicate:

verlas fundirse como la nieve bajo el sol. Y partir en busca de más nieve. Ten cuidado, trovador: habrá día o aciaga noche en que la nieve, gélida te hiele el alma…

—No seas agorero, señor pícaro. ¿Tengo yo culpa de no haber aún hallado mi ideal completo? Bastante desdichado soy, como el mariposón que liba de flor en flor sin quedar preso en ninguna. Y punto final a dolientes lamentos… Bianca Ventiglia aguarda a messer Corsi.

CAPÍTULO VII

CLARA D'EVISA

Como todo hombre letrado, Honorio Ventiglia tenía legítimo derecho al título de «micer», y la fácil malicia popular aseguraba que si muy indigestas eran sus eruditas obras, en cambio era digno de pasar a la posteridad por extasiar la vista de cualquiera con la mejor de sus creaciones: su hija Bianca.

Metódico y organizado, micer Ventiglia tenía un horario preestablecido, del cual no se apartaba ni un ápice: levantábase a las once de la mañana para acudir a las once y media a sus clases de Humanidades, almorzando a las tres y sesteando hasta las seis, para enfrascarse en traducciones del griego y rebuscas históricas hasta las tres de la madrugada, lapso de tiempo que pasaba encerrado en su pobre pero para él palaciega biblioteca, donde sólo era interrumpido a las once de la noche, hora en que su hija le traía una colación.

Pero en la noche precedente había sucedido algo imprevisto, algo que había desbaratado la organización de micer Ventiglia.

No era un hombre mezquino. Era, simplemente, un egoísta que cifraba toda su relación social en leer las tragedias griegas, descifrar antiguos palimpsestos y coger la pluma para arrojar luz sobre cuestiones que a muy pocos interesaban.

Y por su egoísmo de sabio, consideraba altamente intempestiva la inusitada visita que a las dos de la madrugada vino a golpear con timidez su puerta.

Primero no reconoció a la mujer, casi una niña, que, desfallecida, tambaleante, con los vestidos hechos jirones, apoyándose, al borde del desmayo, contra el marco de la puerta,

balbució:

—Protegedme, micer Ventiglia. Dadme amparo. Aproximó más el sabio su candelabro, y reprimió tina exclamación, para murmurar, aturrullado: —¿Eres tú, Clara? ¿Qué haces, sola y… así, a estas altas horas? Entra, pasa, niña, que… las calles son peligrosas de madrugada.

La casa de los Ventiglia era modestísima. Componíase de dos plantas, reuniendo cuatro habitaciones, de las que la biblioteca era la mayor, provista de un diván, donde muchas veces micer Ventiglia, tendiéndose pluma en mano para meditar acerca de una frase obscura de un antiguo texto, hallaba descanso, cabeceando primero, para dormir a pierna suelta después.

En el diván, más que sentarse se dejó caer Clara
d'Evisa.
Y entrecortadamente, con incoherencias y sobresaltos de repentino pánico, hizo un relato que aumentó aún más el aturdimiento del erudito.

Pidió ver a su amiga Bianca, pero se conformó con no despertarla y verla a la mañana siguiente, confortada con las palabras que como un muñeco iba repitiendo micer Ventiglia:

—Ahora a dormir aquí… Mañana será otro día. Ahora a dormir aquí.

Y Clara
d'Evisa,
rendida, agotada, sumióse en profundo sueño, después de que el sabio echara sobre ella una gruesa manta, colocando bajo su cabeza varios almohadones.

Y, como todo escritor que no lo es de imaginación, procedió micer Ventiglia a ordenar sobre el papel, cronológica y coherentemente, el relato que acababa de oír.

Lo hizo lenta y elaboradamente, perfilando mayúsculas, para que su tardo cerebro fuera relacionando los distintos párrafos oídos.

«En esta noche, y para más exactitud siendo las dos y diez de la madrugada, y hallándome dedicado a recopilar en buen italiano las fábulas de Lysistrata, una tenue llamada araña mi puerta.

»Júzguese mi pasmo cuando, acudiendo a abrir, me hallo ante Clara
d'Evisa,

hija del que fue hace años mi Mecenas, permitiéndome adquirir la propiedad de la casa que ahora habito y donde es fructuosa mi labor, al no verme apremiado por problemas de acreedor.

»La muchacha está desconocida. Una infinita tristeza, un miedo sin nombre, una vaguedad alarmante, reina en todos sus gestos, en sus palabras, en su mirar.

»Necesitaba ella hablar, desfogar sus quimeras o realidades, verter sus alucinaciones o vividas peripecias angustiosas. ¿Desequilibrios de una mente imaginativa?… ¿Realidades en que, desgraciadamente, abundará nuestra patria hasta el albor de tiempos más humanitarias? No me incumbe juzgar, sino exponer, para finalizar decidiendo lo que mejor proceda.

»Fielmente, corrigiendo las imperfecciones de estilo, y dando trabazón y lógica a cuanto he oído ahora mismo de labios de Clara d'Evisa; ateniéndome al orden cronológico imparcialmente, y procurando sujetarme lo más posible a las propias palabras de la narradora, escribo lo que otros juicios más preclaros establecerán si es quimera o realidad.

»Mi buen amigo Giacomo d'Evisa, al cual hace aproximadamente un año que no veo, enviudó hace exactamente cuatro meses y tres días, fecha que recuerdo con tanta precisión por ser la del aniversario número diecinueve de mi hija Bianca.

»Cuanto de ahora en adelante sigue, es versión literal, pulida tan sólo en estilo y orden, de cuanto alega Clara d'Evisa.

»Hace cinco meses llegó a la mansión de los d'Evisa una dama que, acompañada de dos caballeros a los que presentó como su capitán de armas y su escudero, respectivamente llamados Ulrico Wolemburg y Rupert Wherung, solicitó un refrigerio, mientras era atendido uno de los tres caballos, cuyos cascos habíanse desherrado.

»La señora de la casa, hospitalaria y bondadosa, viendo que la viajera, que dijo llamarse Beatriz Goldstein, hallábase fatigada, la suplicó pernoctara en la casa, aceptando la tudesca, que dijo se

dirigía a Ajaccio para embarcar hacia Roma, de donde seguiría viaje a su principado, que había abandonado para intentar, en vano, rescatar a su hermano Stronck Goldstein, cautivo en poder de los turcos.

»Seductora y amable, Beatriz Goldstein se granjeó la simpatía de la señora d'Evisa, la cual instó a su esposo Giacomo para que éste removiera influencias y amistades, en logro de lo que no consiguió la viajera.

»Debido a las gestiones de Giacomo, prolongóse la estancia de Beatriz Goldstein en la casa d'Evisa. Y durante este tiempo enfermó la señora d'Evisa, sin que los galenos llamados a últimos instantes pudieran hacer otra cosa que comprobar que estaba agonizando.

»Parece ser que, desde este luctuoso día de la muerte de la señora d'Evisa, Giacomo quedó atribulado y como privado de voluntad, hasta el punto de que fue la tudesca quien tomó a su cargo el mando de la casa.

»Toda la servidumbre fue despedida, sustituyéndola por los servidores de la propia Beatriz, y escasamente un mes después de su viudez, Giacomo d'Evisa contraía nupcias con la hermosa germana.

»Giacomo permanece siempre recluido, no queriendo ser servido más que por su esposa, y, al decir de Clara, está sometido a influencia de brebaje que le impide darse cuenta del estado de sometimiento en que se halla.

»Asegura Clara que Beatriz pretende darle muerte, pero con apariencias de accidente, para poder así disfrutar de la fortuna de los d'Evisa. Ayer noche, siempre según su relato extraño, la ataron a lomos de un corcel rebelde, al cual aplicaron cardo en la grupa, para que, enloquecido por el hiriente dolor, la despeñara.

»Afirma que, de no haber sido por la intromisión de un juglar errante, Beatriz habría conseguido su malvado designio, ya que azuzaba al corcel una jauría de mastines.

»Insiste en que, debido a interponerse el errante trovador, pudo ella escapar. Muestra de su bondadoso espíritu es que llora amargamente, considerándose culpable de la muerte del trovador, excusándose en que ella, alocada, no pensó más que en huir, como si la pobrecilla, quedándose, hubiera podido variar el curso de los acontecimientos que relata.

»Al llegar a este punto de su narración, dice que logró saltar del corcel para caer blandamente en unos trigales, y que, deseosa de buscar alguien que, además de amparo, la ayude a conseguir justicia, ha acudido a esta casa, donde sabe se tiene mucho aprecio a su padre.

»Persiste en que si tan sólo por unos días se consiguiera apartar a Giacomo de la influencia y los brebajes de Beatriz, aquél lograría darse cuenta del abyecto estado en que ha caído inconscientemente.

»Rendida, está durmiendo. ¿Debo informar al Podestá? Si obedeciera a los dictados de mi corazón esto haría, pero la vida y sus amargas lecciones me han enseñado a mí, pobre letrado, sin más fortuna que mi ciencia, a no inmiscuirme en los tenebrosos asuntos de los poderosos.

»Además, todo puede ser un extravío de una inexperta jovencita que, ignorante de los estragos que la pasión produce en el temple de un hombre maduro, confunda con brebajes y filtros lo que no es más que sumisión sensual a la belleza y encantos de Beatriz.

»Creo, pues, mi deber, informar a Bruno Sarto, el futuro marido de mi hija, el cual, siendo, como es, hombre de juicio sensato y que posee, además, autoridad e influencia, podrá dictaminar lo que corresponda».

Y, al depositar la pluma, Honorio Ventiglia se consideró libre ya de todo remordimiento.

Bruno Sarto, «El Espléndido», decidiría… Iría a visitarlo antes de la entrada a clase, acompañándose de su hija, la más eficaz de las embajadoras.

Clara
d’Evisa
dormía profundamente. La arropó Ventiglia, y en la mesita próxima

al diván dejó escrito, bien visible, el recio pergamino.

«Cuando despiertes, si mi hija y yo no hemos regresado, considérate en tu casa. Te dejaremos en el comedor manjares y cordial. No te preocupes. Todo se arreglará. Vamos a visitar a poderoso caballero, que sabrá resolver. Ánimo, Clara.

»Honorio Ventiglia».

Ventiglia, al despertarse su hija Bianca, consiguió demostrar con su autoridad paternal que no era prudente que ambas jóvenes se vieran; convenía evitar escenas inútilmente sentimentales, que producirían en la debilitada Clara una posible recaída enfermiza.

Y, encaminándose al palacio de Bruno Sarto, dejaron bien cerrada la casa. Clara
d'Evisa
seguía durmiendo…

* * *

—Es, pues, éste el estuche de la rica joya —comentó Delfín Lechuga, al detenerse Luys Gallardo ante el domicilio de los Ventiglia.

—Celosamente guardada, porque, a esta hora, raro es que ventanas y puertas estén cerradas.

—Precaución razonable contra bandoleros o trovadores enamoradizos, messer. ¿Sacudo el aldabón?

—Lo que tienes que sacudir son los pies, y si tanto persistes en velar por mi preciosa existencia, ronda la calle, que por allá buscaré yo entrada —dijo Gallardo, señalando el muro que circundaba el minúsculo patio posterior del edificio.

—Todos los caminos te son permitidos, messer.

—Y eso es lo que le quita placer al juego, ya que antes, donde entraba el trovador, era Luys Gallardo quien respondía de sus asaltos, y ahora, precedido por el relumbrón de Dago, pierden arrogancia mis invasiones de ajenos dominios.

—Si temerario era vivir con Luys Gallardo, mucho más lo es haber heredado el patrimonio de odios que dejó Dago.

Apartóse el trovador, para poco después, en ágil escorzo y a fuerza de brazos, auparse en lo alto del muro y saltar al interior.

En la calle, andando fachendoso, pisando con aplomo y asestando a diestro y siniestro asesinos miradas inútiles, ya que no pasaba nadie, Delfín Lechuga se dispuso a esperar el retorno del que le parecía un ser atolondrado, audaz, desenfadado y generoso, qué en el continuo riesgo hallaba el goce de vivir.

Luys Gallardo examinó el recoleto recinto de baldosas marmóreas, y que en sus cuatro esquinas ostentaba anchas macetas con geranios.

Había una puerta cerrada que daba entrada a la casa. Tanteó el trovador, comprobando que el cerrojo estaba echado por dentro.

Separóse, y, mirando hacia las ventanas, también cerradas, quitóse el laúd del hombro.

Con melódica voz de aterciopelada sonoridad improvisó una letrilla:

«Dime, tirana hermosa,
antes que el "no" para mi muerte hables,
¿por qué tanto estimar la plata y oro, de fortuna tesoro,
si el de Naturaleza tienes en tu belleza?
Si estás codiciosa
de amar cosas notables
y ajenos bienes,
ama el amor en mí,
pues no lo tienes».

Aludía el trovador en su canción al rumor que corría de que Bianca Ventiglia sólo amaba en Bruno Sarto la riqueza que podía proporcionarla.

Vio como una de las dos ventanas de la planta baja se entreabría, empujada por blanca mano femenina.

Y, acercándose, añadió:

—Si mi copla era aguijón mezquino, hermosa Bianca, atribúyelo a la mortal envidia que me produce Bruno Sarto.

Abrióse por entero la ventana, y Clara d'Evisa asomó el busto en gesto impetuoso. Su insignificante rostro, desprovisto de belleza, ostentaba animación y alegría…

—¡Vos! —exclamó, juntando las manos—. ¡Sois vos!

Luys Gallardo, asombrado, ya que esperaba ver a la fascinante Bianca, y no reconocía a la que salvó, cuyo rostro no pudo ver por estar atento a la reacción de los perseguidores, esbozó un saludo.

Pensaba que tal vez aquella desconocida conociera a Dago Corsi…

Ella habló, con anhelo contenido:

—Vos sois el caballero que el Destino ha puesto en mi camino para salvar a mi pobre padre. Os debo la vida, y… Pero perdonad; estoy sola en la casa de micer Ventiglia. Él y su hija Bianca fuéronse para… tratar de hallar solución a la tragedia que ensombrece mi hogar desde que a él llegó la perversa tudesca… No sabéis cuánto me anima y alegra veros con vida. Temí que… Lloré pensando que vos, que con tanta nobleza y desprendimiento os interpusisteis en el camino de mi muerte, hubierais podido sucumbir… ¿Veníais a visitar a Bianca?…

Las incoherencias de la doncella aumentaban el asombro de Luys Gallardo, que seguía ignorando quién era ella.

Clara d’Evisa vaciló unos instantes. Por fin abandonó el marco



—Protegedme, micer Ventiglia. Dadme amparo....

de la ventana, y, abriendo la puerta, apareció en el patio.

Parecía algo cohibida, y explicó su actitud:

—Es tanto lo que os debo, y es tanta mi esperanza en vos, que, si bien a solas y en casa ajena, no considero atrevida mi decisión de manifestaros mi gratitud y daros narración que os debo del motivo por el cual ayer noche mi vida estaba a merced de un potro

enloquecido.

Supo ya el trovador de quién se trataba.

—Mucho me place, Clara d’Evisa, el haberos podido servir. ¿Sois, pues, amiga de Bianca Ventiglia?

—Cuando niñas, y en vida de mi buena madre, nos veíamos con frecuencia. Después… —Y relató ella cuanto había expuesto a micer Ventiglia.

Al terminar su narración, manifestó, dolorida:

—Yo vi…, yo sé que micer Ventiglia me cree alucinada, porque el dolor que me produce la perfidia de Beatriz Goldstein me pone nerviosa y febril… Pero vos, que tan noble y valiente habéis sido, juzgad y decidme: ¿me creéis?

—¿Cómo no creeros si os vi perseguida por jauría de mastines? ¿Por qué no acudisteis antes al Podestá?

—Me tenía recluida, sin poder salir. Ayer, gracias a vos, tuve la primera ocasión.

La vitalidad serena y arrogante del trovador parecía infundir ánimos a la doncella, que dulcemente, con sonrisa que iluminó su semblante, preguntó:

—No sé vuestro nombre. ¿Cuál es?

—Luys Gallardo.

Oyéronse en la calle recias pisadas de cascos de caballo. Clara d’Evisa mostró en su aspecto un repentino cambio: el miedo volvía a apoderarse de ella.

—¡Son ellos! ¡Beatriz y sus *reitres*! ¡Se han detenido ante la puerta! ¡Vendrán aquí!…

—Y aquí me encontrarán. No temáis, Clara… Me complace mucho el serviros de escudo.

Por la puerta apareció Honorio Ventiglia, seguido de Bruno Sarto y Giordano Stefano, el Podestá.

Ventiglia, asombrado, miró al trovador, que, adelantándose, adoptó el ceño tormentoso de su «sosias».

—Buenos días, messer —saludó, amable, el Podestá—. No esperaba tener el honor de veros aquí.

—Dejémonos de ceremonias —replicó, secamente, el trovador—. ¿A qué diablos vienes?

—Y vos, ¿qué hacéis en mi casa? —exclamó, indignado, el erudito.

En voz baja, Stefano dijo al oído de Ventiglia:

—Es Dago Corsi, micer…

Honorio Ventiglia dio un respingo, y retrocedió. Giordano Stefano, diplomáticamente, expuso el motivo de su llegada:

—Es el caso, messer, que esta dama sufre alucinaciones, y propala falsedades. Consultó micer Ventiglia lo que sucedía con su futuro yerno, y éste, muy acertadamente, acudió a mi autoridad. Es, por tanto, para mí un deber el escoltar a Clara d’Evisa en retorno a su hogar.

La aludida, sollozando, corrió a reunirse con el trovador, y, febrilmente, suplicó:

—¡No dejéis que me lleven allá! ¡Por favor!… Luys Gallardo se tocó el pecho.

—Donde yo estoy, sobran autoridades. Conduciré yo mismo a madona Clara a su hogar. Hacedme la merced, Clara, de apoyaros en mi brazo.

Bruno Sarto, con disimulado rencor, se apartó. Hubiera deseado preguntar el motivo por el cual hallaba al que creía Dago Corsi en el domicilio de su prometida. Pero se abstuvo.

En vez de ello, dijo:

—¿Recibisteis mis caballos, messer?

—Sí. Y, para tu esplendidez, poco ha sido el tributo. Ya nos volveremos a ver, «Espléndido».

Atribulada, sin fuerzas para hablar, Clara d’Evisa, apoyándose en el antebrazo de Gallardo, abandonó el patio y penetró en la casa.

Apareció Bianca Ventiglia… Veíase que estaba cohibida.

—Comprende, Clara, que mi padre se ha visto obligado…

Alzó la doncella la cabeza, con repentina altivez.

—Me dijeron que eras egoísta, y no lo creí, Bianca. Me dijeron que sólo pensabas en convertirte en la mujer más rica de Ajaccio, y tampoco lo creí. Pero ahora…, ¡ahora que veo que abandonas a la hija de vuestro benefactor, todo lo creo!

Bianca miraba al trovador, y, por fin, dijo:

—Cuando tengáis el temple dispuesto a charla amistosa, acudid a visitarme, messer. Deseo hablaros…

—También yo, soberana de exteriores bellezas. Hasta pronto.

En la calle, la escolta de soldados del Podestá formaba círculo. Delfín Lechuga, apoyada la diestra en la empuñadura de su espada, avanzó:

—¿Tropiezos, messer?

—Ninguno. A toda prisa, regresa con una veintena de «reptiles» y alcánzame en el camino que conduce a la mansión de los d'Evisa.

Partió corriendo el castellano.

Clara d'Evisa, con voz temblorosa, preguntó:

—¿A dónde me lleváis?

—A vuestro hogar, que, siendo cierto lo que vos me habéis relatado, volverá a ser dominio de quien tiene derecho para ello.

—¿Quién sois, que todos os respetan… y parecen temeros?

—No os atribuléis con ello por ahora, Clara. Sabed que, a vuestra petición de ayuda, aquí estoy yo para atenderla.

Encamináronse hacia las afueras de la ciudad.

Mientras, en el domicilio de Ventiglia, de entre las diversas cábalas que tenían lugar entre los dos prohombres, el erudito y la hermosa Bianca, acerca del porqué Dago Corsi en persona se molestaba en restituir a Clara d'Evisa, «la alucinada» al cuidado de Beatriz Goldstein, la que convenció a todos fue la expuesta por el cínico Podestá:

—Muy atractiva es la señora d'Evisa, y muy sensible «El Diablo Corso» a las femeninas hermosuras. Ésa es la razón por la que Dago Corsi se digna devolver a la descarriada locuela a su redil.

Bruno Sarto supo disimular el recelo que le produjo el adivinar que el motivo expuesto por el Podestá para explicar la intromisión del trovador parecía disgustar a su bellísima prometida…

Y Honorio Ventiglia, al marcharse los dos prohombres, se restituyó a sus búsquedas literarias, sin el menor remordimiento.

¿Dónde iba a estar mejor una muchacha de seso extraviado que en su propio hogar y junto a su padre y madrastra?

CAPÍTULO VIII

PODEROSO DON DINERO…

Antes de partir de Génova, Charles Mombray había recibido de Barnabó Lieto una indicación: si cualquier contratiempo surgiese, bastaría que en la casa que como matrimonio ocupase en Ajaccio con Viviane d'Aurigny —que les cedería, amueblada lujosamente, un principal prohombre corso, al cual sólo conocerían enmascarado y al que darían el título de «excelencia»— dejase flamear en el asta de estandartes de la entrada un pendón violeta.

Abandonando el domicilio de los Renzo, el inglés, acompañado de los *bravi* y de Viviane d'Aurigny, pasó a instalarse en el edificio solitario del exterior, y poco después ondeaba en el asta un lienzo de obscuro color violeta.

A las primeras horas del anochecer, un embozado, seguido por una escolta de una decena de hombres fuertemente armados, vino a descabalgar ante el nuevo domicilio de los dos aventureros.

Cuando, precedido por Charles Mombray, que en alto llevaba una antorcha, penetró en un salón y se sentó, abriendo los pliegues de su amplia capa, mostró un atavío suntuoso, de recio paño bordado en oro.

Enguantado, y cubiertos el rostro y cabello por uno de los largos antifaces venecianos, que sólo tenían dos estrechas rendijas para observar, el desconocido contempló unos instantes con detención a la francesa.

Después miró al inglés, que acababa de efectuar su propia presentación, así como la de Viviane

d'Aurigny.

—Sé ya quién sois, caballero —dijo, con opaca voz, el enmascarado—. Al igual como conozco las virtudes encantadoras de vuestra actual y postiza esposa. A mis efectos, conservaré el incógnito. Perdonad, señora.

—Me vi obligado a colocar la seña de petición de auxilio, excelencia, porque tal vez vos, más conocedor de esta tierra, podáis sugerirme un plan eficaz para combatir al terco y soberbio Dago Corsi. Hoy mismo, hemos sido advertidos por él…

—Ya sé… Os ha conminado a desaparecer de Ajaccio. Tengo mis espías, como cualquier personaje. Son elementos muy precisos para poder sobrevivir y luchar en esta tenebrosa tierra. Aceptad mi consejo, caballero. Permaneced aquí, al igual que la señora, sin salir, cerradas ventanas y puertas…, pero no inactivo. Sabedor de lo sucedido, es mi opinión que no habéis exprimido lo suficiente el buen limón que representa el idilio entre Sandra Renzo y su bello asesino a sueldo…

—¿Gubio Orsini? ¿Qué podía hacer con ellos, excelencia? Tiempo hará que habrán buscado puerto para embarcar hacia Florencia. No les vi de ninguna utilidad…

—Os excuso, porque no es por incapacidad por lo que no habéis sabido aprovechar las dotes de un individuo de las características de Gubio Orsini. —Y el enmascarado hizo con la enguantada diestra un gesto gentil—. Yo, por corso y complicado, os puedo asegurar que hay ahora en Gubio Orsini un magnífico elemento para suprimir a Dago Corsi.

—Dago Corsi ha sido en realidad el benefactor de Orsini…

—¿Benefactor? —Y bajo la máscara oyóse una leve risa—. No hay benefactores ni agradecimientos para Gubio Orsini. Os afirmo, Charles Mombray, que, de no ser porque me interesa teneros aquí como agente ejecutivo, os mandaría partir de regreso a Génova, con un cartel sobre vuestras carnosas espaldas, que dijera: «Utilísimo en el exterior, inepto en Córcega». Pero no me gusta la rudeza, sino la sutilidad, lo artístico… Todo italiano tiene temple de artista. Yo hubiese deseado ser un gran pintor o escultor. Me contento con intrigar.

Viviane
d'Aurigny

sentíase acuciada por la curiosidad. Le hubiera gustado ver el rostro y conocer al hombre que hablaba de aquella manera.

—Fijaos bien, señor británico. Gubio ama, Gubio adora a su señora Sandra. Es un amor complejo. Ella, antes, le despreciaba; ahora, le besa. Es un asesino, y posee a una gran señora. Pero… imaginad que esta vez, sin temor a intromisiones de Dago, vos encerráis a Sandra en las celdas subterráneas de esta hermosa mansión que os he cedido. Imaginad que avisáis a Gubio para que os visite…

—Informaría a Dago Corsi, excelencia, y…

—No seáis más torpe de lo que me parecéis, bridano.

—Gubio está lejos, excelencia.

—Envié a varios de mis mejores sabuesos a cazarlo, así como a su adorada. No tardarán en estar aquí mismo. La señal será tres aldabonazos espaciados en la puerta posterior.

—Ah… —Y el rostro romano del inglés expresó satisfacción—. Sois inteligente, excelencia.

—Cumplido que no aprecio, porque no ignoro que poseo talento. Como os decía, varios de mis sabuesos particulares os traerán aquí a Gubio, y otros encerrarán a Sandra. ¿Para qué me tomo tantas molestias? ¿Para ayudaros? ¿Para seros simpático?

—No soy un ingenuo, excelencia. Deduzco que vuestros buenos motivos tenéis.

—Vaya… No sois tan imbécil como suponía. Lo cierto es que, por particularísimos motivos, que celebro coincidan con los del pulpo, ansío ver pudriéndose a Dago Corsi, muerto. Estudiemos ahora la actitud con la cual Gubio Orsini aparecerá aquí. Rabioso, pensando imposible su ambición de tener por esposa a una noble Renzo, que a la muy posible muerte de «Faciatosta» herede título y patrimonio. Pero, hoy por hoy, Sandra Renzo no posee fortuna, y no podrá contar con la ayuda material de «Faciatosta», no sólo porque éste se entrega en alma, cuerpo y bienes a la defensa de este suelo salvaje, sino porque el íntegro condotiero repudiará a la que prefirió dejarse enamorar por un *bravi*, a seguir desconsolada. Por tanto, hay en Gubio un afán doble: deseo de recuperar a su amada, y deseo de poseer oro con el cual vivir placenteramente en Florencia. Vos le podéis proporcionar ambas cosas. A él le es posible llegar junto a Dago Corsi. Ingeniad el modo de que pueda matarlo, sin morir, y

podréis regresar tranquilo a Génova. No temáis, señor británico… Toda la gloria os pertenecerá. Yo prefiero permanecer a la sombra.

Levantóse el enmascarado. Dedicó una breve reverencia a Viviane, que le devolvió el saludo con invitadora sonrisa…

—Lamento, señora, no, poder entablar con vos más amplio y fecundo conocimiento. Quizá algún día, cuando en este suelo de toscos y salvajes brutos imperen los cultos franceses y los avispados genoveses, entonces me sea grato darme a conocer. Beso vuestros pies. Ah… No se os ocurra, señor británico, intentar penetrar mi incógnito. Mis hombres no os lo dirían… y vos ya no seríais útil para nadie.

Resonaron en la parte posterior de la casa tres aldabonazos.

—Todo servido, caballero. Ya lo que resta es fácil. Mis hombres os entregarán a Gubio Orsini y Sandra Renzo. Lo demás, corre de vuestra cuenta. Adiós.

* * *

Entre umbrosa floresta, casi oculta por la exuberante vegetación, y distante unas cinco leguas de Ajaccio, la señorial mansión de los d'Evisa era recoleta morada de idílico aspecto que hablaba de riqueza y de bienestar.

Si para Clara d'Evisa la llegada de Beatriz Goldstein había sido el principio de una sombría tragedia de terror y de horrible amargura, para Giacomo d'Evisa la continua presencia de la tudesca era como una droga necesaria.

Él, que había sido inteligente, amable y decidido gran señor, habíase ido paulatinamente convirtiéndose, ignorante de ello, en un ser embrutecido, permaneciendo en un constante letargo.

Su inexpresivo semblante sólo se iluminaba fugazmente al ver aparecer en sus habitaciones a Beatriz, la cual servíale la comida, atendiéndole, al parecer, con atención celosa.

Y de cuanto sucedía muros afuera de su habitación nada sabía Giacomo, aparte de lo que tendenciosamente le contaba Beatriz. Había terminado por creer cierta la supuesta locura de su hija.

De regreso de visitar al Podestá, y mientras Bárbara Foscari se

recreaba contemplando los lujosos interiores de la mansión, Beatriz Goldstein, cubierto el rostro como acostumbraba con su largo velo, manoseaba impaciente el mango de su «misericordia», mientras Rupert Wherung anunciaba el fracaso de sus intentos de dar con pista de la fugada.

Asistía a la entrevista Ulrico Wolemburg, vendado y contuso por su encuentro con el trovador.

—Tú, Ulrico —anunció Beatriz, con gesto imperativo—, irás a Ajaccio, y no regresarás aquí hasta no traer contigo, viva o muerta, a Clara. Es muy posible que sea hallado su cadáver, por haberse despeñado —sugirió—. Vete.

Obedeció dócilmente el gigantesco teutón.

Hizo otro gesto ella, y abandonó la sala Rupert Wherung, el cabecilla segundo de los *reitres* que constituían la servidumbre y guardia de la casa d’Evisa.

Los propósitos de la ambiciosa y malvada tudesca eran lúcidos. Cuando se cercioró de que su llamativa belleza impresionaba a Giacomo d’Evisa, fue envenenando lentamente a la señora d’Evisa, cuidándola a la vez con aparente cariño.

Rupert Wherung, entendido en confección de brebajes, fue el que proporcionó los dos venenos: el que dio muerte a la señora d’Evisa, y el que iba minando la voluntad de Giacomo d’Evisa.

Era su intención llegar prontamente a reinar como dueña y señora donde acudió como viajera de paso, en petición de albergue momentáneo.

Pero el testamento de Giacomo d’Evisa puntualizaba que como heredera única de sus bienes nombraba a su hija Clara, por obligación contraída al tomar por esposa a su primera mujer.

Sólo, pues, la muerte de Clara podía hacer pasar la herencia a manos de Beatriz. Y para ello la intrigante procedió a un

procedimiento que diera aspecto de accidente fortuito a su acción, ya que, pese a saber que el Podestá era un cómodo y cínico indolente que prefería no inmiscuirse en las intrigas de los señoríos, deseaba no verse sujeta a deber favores tácitos.

La intromisión del trovador había hecho fracasar el plan de Beatriz, urdido con minuciosa paciencia.

Al averiguar que el que dijo llamarse Luys Gallardo era el temido Dago Corsi, pensó que la caballerosa intervención debióse, simplemente, a un capricho de «El Diablo Corso».

E, invitando a Bárbara Foscari, y enviando mensaje al bandido, quiso granjearse la benevolencia del que con soberbia hacíase llamar el Rey de Córcega.

Confiaba la bella tudesca en su atractivo y en su artera humildad aparente cuando le convenía, como cuando, por la atracción del dinero y patrimonio de Giacomo d'Evisa, era ante éste sumisa y cariñosa.

Disponíase a ir a visitar a su inconsciente prisionero, cuando varios silbidos agudos llamaron su atención.

Abalanzóse a uno de los balcones, y desde allí, asombrada y furiosa, vio como varios de sus *reitres* caían, atravesadas las gargantas por venablos de ballesta.

Y saltando los muros, lanzando imprecaciones guerreras, ágiles individuos entablaban feroz combate con los reitres supervivientes.

Pero lo que dejó pasmada y sin movimiento a la tudesca, fue ver en lo alto de la próxima loma a una pareja.

Clara d'Evisa, radiante el rostro, apoyaba su mano en el antebrazo de un apuesto individuo, que llevaba terciado al hombro un laúd de plata…

Capítulo IX

JUSTICIA CORSA

Pese a su extrema juventud, el dolor había madurado a Clara d'Evisa,
haciéndola percibir síntomas que a otra mujer de su misma edad habrían pasado desapercibidos.

Y veía en el hombre que la acompañaba una seguridad desenfadada, un dominio autoritario, y un desprendimiento absoluto de toda baja pasión, pese a que a instantes, al fruncir el ceño y endurecer el semblante, aquel mismo trovador que al sonreír parecía un pícaro juglar simpático, convertíase en amenazador y torvo.

Pero, para ella, el semblante de Luys Gallardo sólo tenía una expresión mezcla de compasión y ternura.

Y tan falta estaba ella de sentirse amparada, que cesó en sus sollozos nerviosos para decir con humildad:

—Éste es uno de los caminos que conducen a mi casa… Y allá está la mala mujer que envenenó a mi madre y está matando lentamente a mi pobre padre. No está sola: tiene custodia de doce *reitres*, que son desalmados. Confío en vos…, pero… ¿no vais a la muerte?

—Luce el sol, verdes están los campos, y todo respira vida. Desde aquí divisamos los senderos que de Ajaccio vienen. Por allá aparecerán unos cuantos hombres, que limpiarán vuestra casa de *reitres*.

Y entonces vos hablaréis con Dama «Misericordia». Llamo así a la usurpadora, porque su joya principal es el estilete rematador.

—La vi hundirlo en la garganta de un perro…, cuyo único pecado fue el demostrarme aprecio. Es mala y perversa…

Pretenderá deciros que mi seso está extraviado… Logró convencer a mi pobre padre…

—Tranquilizaos. Por hermosa que ella sea, le sucederá lo que a muchas de su talante. La maldad que internamente las roe, las hace feas. Y, en cambio, hay almas buenas que dan a rostros



—¡Vos!—exclamó, juntando las manos—. ¡Sois vos!

sencillos una hermosura especial. ¿Estáis ya más calmada?

—Lo estoy… A vuestro lado creo tener fuerzas para vencer… Si cuento con vuestra amistad, no me arredrarán las malas artes de Beatriz. Pero, decidme… ¿Por qué el Podestá os hablaba con respeto? ¿Por qué micer Ventiglia os miró de pronto con temor? ¿Por qué Bruno Sarto, «El Espléndido», os contemplaba con disimulado rencor?

—Suscito muy diversos sentimientos, Clara
d'Evisa.
Miradme unos instantes con buenos ojos de niña aplicada que se dispone a resolver un difícil problema, y me veré compensado de cuantas malas pasiones pueda yo suscitar en otros.

Ella, sonriendo con cohibida aprensión, porque se sabía fea, miró agradecida al trovador que le hablaba con acariciante voz amistosa.

Y Luys Gallardo rió alegremente…

—Quiero que sea perenne esa dulce mirada bondadosa, Clara
d'Evisa.
Y me place poderla plasmar para siempre en vuestras pupilas.

La respuesta de ella fue incongruente…

—¿Amáis a Bianca Ventiglia?

—Me complacía mirarla… Ya no.

—¿Por qué?

—Por lo que antes os decía. Aborrezco la egoísta frialdad de las que, por ser bellas, se creen exentas de ser humanamente propensas a las buenas acciones. Perdonad un instante… Ahí vienen los que esperaba.

Alejóse Luys Gallardo para salir al encuentro de Delfín Lechuga, que acudía al frente de una veintena de mal encarados sujetos, armados de ballestas y espadones.

—La escoria, messer —anunció «Siete Vidas», adelantándose—. Dom Corpacho ha trabajado activamente. De la lista, ha seleccionado los reptiles, los piojos y los gorriones. Éstos son reptiles. ¿Dónde los llevo a que los maten?

—Siguiendo este sendero, y a cuatro leguas al Oeste, hay una casa. La custodian y defienden una docena de reitres, esos mercenarios tudescos que son duros de pelar. Debe quedar la casa limpia de revires, y respetarse la vida de una dama y cuantos en el interior estén.

—Voy —dijo, satisfecho, Delfín Lechuga.

—No. Tu piel la necesito para adquirir las galeotas de Abdul Hamez. Ya tendremos ocasión de pelear más útilmente.

Delfín Lechuga miró a la muchacha de insignificante aspecto.

—¿Paladín de pobrecillas desvalidas?

—Mejor quiero serlo, que faldero de diosas. Conduce a la escoria y diles lo que deben hacer. Sin prisas, precediéndome.

Llevaban andado la mayor parte del camino, cuando Clara d'Evisa, viendo a los bandidos avanzar ya con cuidado, rastreando y descendiendo una loma, preguntó:

—¿Cuál es vuestra intención?

—Oíros hablar.

—¿A mí?

—Sí. Oíros acusar a dama «Misericordia».

—Ella es muy sutil y sabe argumentar.

—Tengo el oído sutil y sé escuchar. Tengo la certeza de que saldréis vencedora en el torneo verbal que se avecina.

* * *

Rupert Wherung, el segundo cabecilla de los reitres, penetró corriendo en la sala donde, asomada al balcón, Beatriz Goldstein, como petrificada, contemplaba el asalto a la mansión y la pareja de la loma.

—¡Unos bandoleros han atacado! —resolló el corpulento reitre —. ¡Muertos los nuestros!

Apartó Beatriz el velo de su rostro, dejándolo colgar de su hombro. Lívida, pero serenándose progresivamente, habló:

—Arroja tus armas por el balcón. ¡Obedece!… De nada te servirían. Cumple, y aguarda aquí conmigo.

Obedeció Wherung, mientras Beatriz Goldstein, atormentando el mango de su largo estilete, veía como los cadáveres de los reitres alfombraban el lugar por donde habían irrumpido los Hermanos Corsos.

Algunos de los bandidos yacían entre los reitres'. Los que quedaban en pie, fueron espaciándose hasta adoptar posiciones de centinelas del lugar conquistado.

Estremecióse la hermosa tudesca en espasmo de odio, al ver acercarse a Clara d’Evisa, apoyada en el antebrazo de Luys Gallardo.

Poco después, el trovador y la milagrosamente salvada del bien urdido plan criminal, entraban en donde se hallaba Beatriz.

Rupert Wherung amparábase tras ella. Y Beatriz Goldstein habló con suave entonación:

—Bienvenido. Te envié mensaje de invitación, trovador, ya que como tal gustas de vestir.

—No recibí tu invitación, pero, no obstante, aquí estoy, dama «Misericordia».

—Solicité tu amistad.

Clara d’Evisa iba haciendo acopio de enervas. A su pesar le impresionaba la estudiada frialdad de la que en poco tiempo habíase convertido en dueña de la morada y de la voluntad de Giacomo d’Evisa.

—Por el instante, he preferido la amistad de Clara d’Evisa —replicó Luys Gallardo—. ¿Quién es este hombre?

—Wherung, mi escudero.

—Puede servirte. Como invitado que soy de la dueña de esta casa, he acudido con la mejor voluntad, prestando mi escolta para eliminar las malas hierbas que en el jardín habían crecido desde tu llegada. Creo que Clara d’Evisa desea decirte algunas verdades que te parecerán desagradables, porque la verdad suele ser siempre recibida con poco agrado por los que viven del engaño.

Beatriz Goldstein rió dulcemente, como si se divirtiera.

—Doy por seguro, que Clara ha logrado enternecer tu caprichoso ánimo con la relación de misterios y maldades que no existen. Y no la acuso… porque la pobrecilla no es responsable ni de lo que hace ni de lo que dice.

—Hablad, Clara —invitó Gallardo—. Ved que la leyenda asegura que la verdad se oculta en el fondo de un pozo. Y si turbias son las

aguas, aquí estoy para ayudaros a aclararlas.

Pero seguía Clara d’Evisa como privada de habla, mientras la tudesca, con compasivo acento, prosiguió su argumentación:

—Si en Córcega el rey eres, también yo te acato, Dago Corsi. Pero tú mismo, por tus ojos y con tus oídos, verás y oirás la verdad. Aunque primero, desearía saber de qué me culpas, Clara. ¿No he sido para ti la mejor de las compañeras?

El oír los nombres del legendario y cruel bandido, añadió más cortedad a Clara d’Evisa.

Luys Gallardo rió, diciendo:

—Cierto que eras la mejor de las compañeras. Bien lo vi ayer, dama «Misericordia», cuando acompañabas a pasear a Clara d’Evisa, atándola a corcel herido por cardo. Arguye otra, porque esta verdad es un embuste.

—Fue uno de los *reitres* el que cometió esa tropelía con la pobrecilla. Habla, Clara. ¿De qué me acusas?

De pronto, la muchacha halló toda la energía de acumulado rencor.

—¡Envenenaste a mi madre!

—Murió de consunción, pese a mis cuidados.

—No está ella para demostrarlo —intervino Gallardo—. Hablad de vuestro padre, Clara.

—Un momento —atajó Beatriz, sonriendo con aparente sumisión—. Reconozco que tu capricho es ley, Dago, pero…

—Llámame Luys Gallardo, que también como tal mi capricho es ley. Y no un momento, sino horas enteras tenemos, ya que tú y yo, invitados somos de Clara d’Evisa. ¿Qué deseas decir?

—Veo que has adoptado por impulso propio de tus rarezas soberanas, la actitud de defensor de doncellas. ¿Ha escapado a tu perspicacia que esta pobre niña está loca, desde la muerte de su madre? Como en tu faz leo sarcasmo, acepto la prueba mejor. Que sea Giacomo, el que determine la verdad.

—Hechizado por tus malas artes… —empezó a decir Clara, quien de pronto irguióse y juntando las manos en fervorosa súplica, aproximóse al trovador—: No sé quién sois, aunque oyera que os llamaban Dago Corsi, sin que lo negarais. Pero fuisteis y sois bueno para mí. Dejadme a solas con mi padre, horas, o un día entero si es preciso. Dejadle libre de esta mujer, y yo juro que él será quien fue: un valeroso caballero, que sabrá hacer la debida justicia para vengar el vil y criminal escarnio de que ha sido objeto esta mansión, de cuya generosa hospitalidad abusó perversamente la que fue acogida con nobleza por mis padres.

—Es legitimo deseo de una hija, dama «Misericordia».

—Giacomo está enfermo y necesita alimentos y cordiales que yo sólo conozco.

—No se morirá por una ligera dieta.

—¡Yo afirmo que esta mujer dio a mi padre filtro! Y aseguro que si por cierto tiempo puedo estar a solas con él, dándole sólo vino y frutas, cesará el embrujo.

—Id, Clara d’Evisa.

Salió ella, presurosa. Beatriz Goldstein tomó asiento, mientras Rupert Wherung colocábase tras el respaldo.

—Lo que sucede es que Giacomo me quiere apasionadamente —dijo ella, sonriendo—. ¿Tengo culpa de que Su voluntad me rinda servidumbre de amor y deseo?

Encogiéndose de hombros, el trovador respondió:

—Me guío por corazonadas y tus ojos son inquietantes, mientras que los de Clara d’Evisa son límpidos. Y hay en ellos la asustadiza expresión de la gacela acosada.

—Ignoraba que Dago Corsi fuera sensible a gacelas. Ah. Me olvidaba decirte que Bárbara, tu amante, vino aquí conmigo. Como es hembra, posiblemente se ha marchado sin despedirse, antes de tu llegada.

Aproximóse Gallardo al balcón, desde el que llamó:

—¡Delfín!

Poco después irrumpía en la sala el castellano. Silbó admirativamente al ver a Beatriz Goldstein.

—¿Cuál es tu orden, messer? —preguntó, separando con pesar su mirada de la escultural tudesca.

—Recorre la mansión. Y si hallaras a Bárbara, invítala a regresar a la Gruta. Dile que es mi deseo.

Marchóse «Siete Vidas» tras lanzar una nueva ojeada entusiasmada a la que, al salir el aventurero, comentó:

—¿Quién es?

—Otro más que puedes añadir a tu lista de admiradores.

—Por la sequedad de tu tono, deduzco que no puedo contar con tu amistosa simpatía.

—Eres demasiado hermosa, dama «Misericordia», y como tal, propensa a creer que todos los hombres sucumbimos a tu encanto. Y como seguramente has comprobado que ante la belleza, los hombres nos comportamos como alelados pichones, tienes pobre concepto de nosotros.

—Tú eres Dago, el implacable; Dago, el hombre fuerte, que nunca es vencido.

—Error. Soy Luys Gallardo, un trovador entremetido, que estéticamente te admira.

—Gracias. ¿Has pensado que antes que declararse mentirosa, Clara permanecerá encerrada con su padre días y noches?

—Nadie manda en mis días y noches. Y tu compañía, es agradable. Puedo, pues, esperar y creo que poco tiempo bastará.

—¿Para qué?

—Para que Giacomo decida tu suerte.

—¿Me crees capaz de las maldades que ha inventado en sus desvaríos la pobrecilla?

Luys Gallardo, en vez de replicar, miró ceñudamente a Wherung.

—Magnífico ejemplar de mudo apuesto tienes por escudero. Como no creo que sea sordo, prefiero conversar unos instantes con él, acogiéndome a tu permiso. Tú habrás oído hablar de Dago Corsi, ¿verdad, Wherung?

—Sí, messer —asintió, respetuosamente y con gutural habla, el retire.

—Detesta que le engañen. Esta espera puede ser angustiosa. Vete pensando que si como supongo es cierto cuanto afirma Clara d’Evisa,
y tú, por mal entendida fidelidad, contribuyes con tu dueña a

engañar a Dago Corsi, te aguardan divertidos momentos. Empezaré por colgarte en garfio hincado en tu mandíbula. Pero, no anticipemos el festejo. Dime, ¿está loca Clara
d'Evisa?

—Sí, messer.

En el umbral apareció Delfín Lechuga.

—Aparte habitación donde se halla la doncella que aquí acompañaste, con hombre al cual ella llama repetidamente «padre», nadie más hay en la casa, messer. Debió Bárbara abandonarla antes de nuestra llegada.

—Mejor —comentó, aliviado, el trovador, que temía los arranques pasionales destinados a Dago Corsi—. Escucha, Rasuni. Esta bella dama es peligrosísima. Deseo charlar a solas con su escudero. Quedarás aquí con ella. Es una invitada forzosa, pero maneja con rapidez su «misericordia». Me respondes de que no saldrá de aquí. Ven conmigo, Wherung.

—Pareces temer mi presencia, Dago —dijo ella.

—Tuve desplazada galantería queriendo evitarte un espectáculo que a mujer sensible desagradaría. Pero olvidaba quién soy y quién eres.

Apoyando las manos en los riñones, Luys Gallardo avanzó el mentón, señalando la pared, cubierta hasta lo alto por esculpida madera.

—Adhiere tus espaldas contra el muro, Wherung.

El reitre vaciló sólo un instante. Delfín Lechuga se colocó cerca de Beatriz Goldstein, mientras Wherung, con paso tardo, ocupaba la posición indicada por el trovador.

Brillaron tres relámpagos, y una tras otra, las dagas claváronse en la madera, incrustando tela de los hombros y del flanco izquierdo del reitre, que, paralizado, permaneció lívido e inmóvil.

—Bien, Wherung. ¿Está loca Clara
d'Evisa?

—Sí, messer —dijo entre dientes, el reitre.

Otra daga fue a hincarse en el lado derecho de Wherung. Arañó la carne…

—La próxima puede fallar, Wherung. La destino a atravesarte la mano que apoyas en el muslo. Aún estás a tiempo. Yo te dejaré libre de partir si hablas ahora. Después, sería tarde. —Y Luys Gallardo

hacía oscilar en su diestra, cogiéndola por la punta, otra daga.

—¡Por miedo, mentirá! —gritó Beatriz Goldstein.

—Me encantan las mentiras. Oye mi verdad, Wherung. Vida salva si hablas a tiempo. No quiero abusar de la hospitalidad de los d'Evisa, porque tengo premura. Contaré hasta tres, Wherung. ¡Uno!…

Oyóse la entrecortada respiración del retire, que parecía fascinado contemplando el bamboleo de la enhiesta daga al extremo de los dedos del trovador.

—¡Dos!…

—¡No está loca! —exclamó Wherung—. Beatriz quería matarla. Yo di el veneno a la señora. Y cada día en la comida, hay brebaje para Giacomo d'Evisa.

—¿Qué clase de brebaje?

—Aniquila la voluntad.

—¿Qué antídoto tiene?

—Jugo de fresas, raíz de ruibarbo y ron caliente. Es vomitivo y después, bebida azucarada con diez gotas de un líquido que tengo…

—Trae las dagas, Delfín, y acompaña a Wherung a que componga su antídoto. Lo darás a Clara d'Evisa y asiste a los efectos, haciendo que este hombre repita a Giacomo lo que me ha dicho, con más detalles. Pínchale con mesura, si no habla bastante.

—Encantado —afirmó el castellano. Con esfuerzo logró extraer las dagas, y vigilando al retire, mientras devolvía las armas, conminó—: Vamos, alquimista.

Salieron ambos. En su silla, Beatriz Goldstein, miró expresivamente al trovador, que sentábase ante ella.

—Bestia… —susurró.

—No lo niego, hermosa. Pero con bestias, hay que serlo. Tú, en cambio, envenenas a quien te acogió…

—Llamaba bestia al cobarde Wherung. Déjame marcharme, Dago…

—No soy dueño de la casa. Lo es Giacomo d'Evisa…

—Tú eres dueño de Córcega.

—Aquí quiero ser solamente un invitado.

—Déjame huir…

—No te des por vencida. Me dijiste que Giacomo te ama. Espera su decisión.

—Los corsos son salvajes. Tengo miedo.

—¿Tuviste miedo para matar a la que te dio hospitalidad, envenenar al anfitrión y aterrorizar a la hija?

Levantóse Gallardo, y dirigiéndose al balcón, añadió:

—Me molesta este diálogo, dama «Misericordia». Al fin y al cabo eres una mujer, y con ellas, si no puedo requebrar, prefiero callarme.

Apoyóse contra el alféizar, mirando al exterior. En realidad, de soslayo observaba un trozo de la sala reflejado en el cristal lateral.

Vio a Beatriz Goldstein levantarse sin ruido, desenvainar su largo estilete, y pavorosamente contraída la faz en mueca de odio, avanzar hacia él, por la espalda, con lento y silencioso paso, alzada el arma.

Saltó de costado en el oportuno momento, y su diestra asió por la muñeca la mano armada.

—Segunda vez que te desarmo, dama «Misericordia». ¿Sabes por qué? Porque la mujer vencerá siempre por bondad y delicadeza. Nunca con utensilios tan impropios como este alfiler.

Lanzó hacia arriba la larga hoja, que vibrando se clavó en el artesonado del alto techo. Soltó entonces el brazo femenino…

En el umbral, apoyándose en los hombros de su hija, Giacomo d’Evisa apareció.

Su mirada febril se posó en la tudesca. Después miró a Gallardo.

—Gracias, messer, porque por vos he Vuelto a ser un hombre.

Tras ellos, empujado por Delfín Lechuga, Wherung rehuía mirar a la que hasta entonces había mandado en él.

—En tu casa estás, Giacomo d’Evisa. La justicia a ti te pertenece.

—Wherung acepta ser mi ejecutor, messer —dijo Giacomo d’Evisa—. Cumple lo pactado.

Fue brutal la acometida con la cual Rupert Wherung,

abalanzándose contra Beatriz Goldstein, mostró sus manos provistas de cuerdas, con las que ató al sillón a la hermosa intrigante.

—Adiós, Clara d’Evisa —despidióse Gallardo.

—Hacedme la merced de aguardarme en el jardín, messer. Os lo ruego —dijo Giacomo d’Evisa —. Quiero que os dignéis saber cuál es mi justicia.

Marchóse Gallardo en compañía de Delfín Lechuga.

Terminaba de atar Rupert Wherung a Beatriz Goldstein, cuando, inesperadamente, en su nuca se abatió un corto candelabro, que acababa de asir Giacomo d’Evisa.

El *reitre* cayó pesadamente boca abajo…

* * *

—Que regresen a la gruta —ordenó el trovador al llegar al jardín.

Fueron marchándose los Hermanos Corsos. «Siete Vidas» comentó:

—Era despampanante la del estilete.

—Sigue siéndolo.

—Por poco tiempo, Giacomo, a la que bebió el cordial, pareció resucitar. Y su expresión, mientras oía los detalles con que Wherung, el muy cerdo, explicaba lo sucedido, no presagiaba nada bueno.

Enmudeció, porque el aludido descendía, apoyándose siempre en los hombros de su hija.

—He deseado, messer Corsi, comunicaros mi justicia. La ventana y la puerta quedan cerradas. En el interior, ella… y Wherung. Ahora iré a buscar al que con lodo y piedra cerrará por fuera balcón y puerta. Wherung está atado a otra silla. Antes de que sean colocadas las últimas piedras, libertaré a Beatriz… Habrá agua y viandas… para que vivan lo suficiente. Por mi hija, messer, mi gratitud.

—Por ella, señor, aquí vine. Adiós, Clara d’Evisa.

Ella sonrió dulcemente, mirando con embeleso al que había devuelto la paz a Su hogar.

Por el sendero, Delfín Lechuga opinó:

—Son un rato salvajes por aquí. ¿Te figuras lo que sucederá cuando tapiados, se vean frente a frente, el traidor atado y la hiena libre? Es para poner el vello de punta.

—Prefiero conservar en mi memoria la sonrisa de Clara d'Evisa.

—Cada cual con su gusto. En fin, si algún día me aplican la justicia corsa, que me dejen tapiado con otra Beatriz. Siempre sería un consuelo.

* * *

El albañil, terminado de tapiar sólidamente el balcón por el exterior, dejaba ahora un hueco en la puerta.

A través de él, Giacomo d'Evisa penetró en la sala, semioscurecida. Depositó en un rincón una linterna, un odre dé agua, y una fuente de viandas.

Atados frente a frente estaban Beatriz Goldstein y Rupert Wherung. Éste, aun aturdido, tenía la cabeza inclinada sobre el pecho.

Giacomo d'Evisa fue segando con un puñal las ligaduras que mantenían presa a la mujer.

Hizo lo mismo con las que rodeaban busto y piernas de Wherung.

—Giacomo… —musitó ella.



—Bien, Wherung. ¿Está loca Clara d'Evisa??

Con exasperada violencia, dio el corso un bofetón de revés en los pulposos labios femeninos.

Y abandonó la estancia, cerrando tras si la puerta con dificultad, a causa del poco espacio que dejaba el muro levantado.

—Termina tu labor, buen hombre.

Mientras el albañil iba colocando ladrillos, Giacomo

d'Evisa
respiraba hondamente. Cuando quedó cimentado el último ladrillo, pareció quedar libre de una vergonzosa opresión.

Entregó una bolsa al menestral, que partió sin demostrar asombro. Era la primera vez que hacía aquella extraña labor, pero no la primera que oía hablar de parecidos casos.

Y todo el afán de Giacomo
d'Evisa
fue hacerse perdonar por su hija, mientras ésta, cariñosamente, tranquilizaba al que no podía ser responsable de una anulación de su verdadera personalidad.

CAPÍTULO X

EL QUE NO ERA ESPERADO…

En la playa cercana a la entrada de la gigantesca gruta, guarida de los Hermanos Corsos, una cincuentena de jinetes ostentaban largas capas blancas, recientemente adquiridas, en las que aparecían bordadas en rojo varias dagas entrecruzadas.

Filipo Ferrante, el joven bandolero, amaba la estrategia y la aparatosidad.

Acogió complacido la llegada del que creía Dago Corsi…

—La escolta que te mereces, capitán.

—Vistosa es. Tendrá su utilidad. Te encomienda el recoger diezmos entre los ricachos de Ajaccio. Una tropa necesita estar bien alimentada y armada. Queda también a tu cargo el pertrechar los alrededores, Filipo.

A la entrada de la gruta, el hércules barbudo y tonsurado, cuyo cinto de hábito de peregrino servía de correa para los dos lobos domesticados, anunció que había escogido ya los treinta «peregrinos».

—La flor y nata, messer. Gorriones.

Luys Gallardo miró unos instantes al misterioso gallego.

—Un día hablaremos, Dom.

—¿Me es lícito inquirir sobre qué tema?

—Tú apareciste en forma extraña. No me quieres mal ninguno, y, no obstante, no eres trigo limpio, Dom. Ocultas algo.

—¿Quién no oculta algo, messer? —replicó, socarrón, Dom Corpacho.

—Cierto. Otro día se sabrá. Por ahora, hay mucha tarea pendiente.

Alejóse Dom Corpacho, y, poco después, Bembo «Camorra», el

escudero piamontés, acercóse para mirar con devoción, como siempre, a su peligroso amo.

—Hola, perillán. ¿Novedades?

—Tres malandrines esperan tu llegada, mi amo.

—¿Eran esperados?

—Sí, mi amo. Son los que convocaste con Filipo Ferrante. No parecen muy de fiar.

Rió el trovador, y también el castellano.

—¿Acaso alguien te merece confianza aquí? Me encanta tu ingenuidad, barrigón.

Cumpliendo lo ordenado, no se veía a nadie en el interior de la gruta. Todos habían hallado seguros escondrijos.

Sólo tres hombres permanecían en pie y visibles en la plataforma que flanqueaba por un costado el lago interior.

Eran Ascanio Novara, «El Desollador», Vincenzo Fedele y Bautista Malfi, los tres capitanes bandoleros que asolaban la comarca de Ajaccio.

Antes de rendirse a la convocatoria de Dago Corsi, habíanse reunido para cambiar impresiones. Y, al fin, habían decidido que para ellos no había más remedio que acudir.

Por ser el más significado y astuto, habían escogido a Novara como portavoz.

Ascanio Novara, matarife de profesión antes de capitanear bandidos, hablaba con gran orgullo de su método de exterminar genoveses y franceses.

Debía su apodo al hecho de que sus víctimas pendían de árboles, desolladas como reses…

Al aparecer Luys Gallardo, seguido por Delfín Lechuga y Bembo, los tres capitanes hicieron gestos equivalentes a respetuosos saludos.

Luys Gallardo, sin gran dificultad, adoptó el lenguaje y los ademanes del temible corso al cual suplantaba.

—¡Mala peste os pudra! ¡Ay de vosotros si no me dais convincente explicación del motivo de vuestra tardanza!

—Alejados, y temiendo trampa del Podestá, nos reunimos, messer —replicó Ascanio Novara—. Que mejor razonan tres cerebros…

—Pero ¿tienes tú cerebro, piojo presuntuoso? En toda la isla,

sólo hay un cerebro. ¡El mío! ¿Está claro?

Dieron los tres cabezada de asentimiento.

—Pasemos al motivo de qué me haya molestado en llamaros. He decidido organizar una defensa eficaz contra los invasores, que van preparando una nueva expedición. Ved a este hombre —y el trovador señaló a Bembo, dándole un manotazo en el hombro—: es mi segundo, y tiene áspero el genio. Mata por menos de una palabra mal pronunciada, A él debéis obedecer en mis ausencias. ¿Está claro?

Bembo hinchó el tórax, y, arrugando las peludas cejas, dio a su semblante la mayor ferocidad posible.

—En cuanto a cuestiones de estrategia, Filipo Ferrante os instruirá. Reuniréis aquí vuestras cuadrillas, y desde hoy me pertenecéis. ¡Y ay del que siquiera en pensamiento no me sea fiel! ¡Id en busca de vuestros piojos, y acampad aquí dentro! Ya os comunicaré mis deseos. ¡Andando!

Los tres bandoleros partieron a toda prisa. Bembo «Camorra» seguía torciendo el rostro con ferocidad…

—Reposo, buñuelo —sonrió Gallardo—. Vete a preparar un condumio sabroso. Tengo hambre.

Sentóse el trovador en la oquedad reservada a él y sus lugartenientes. Nada de lo que allí se dijera podía ser oído desde fuera.

—¿Desconfías de Dom?… —inquirió «Siete Vidas».

—No es precisamente desconfianza. Dijo que había estrangulado a Dago. ¿Por qué no trajo pruebas de ello?

—Estás tú vivo. ¿No es la mejor prueba?

—Adivino algo extraño en Dom. Sabe más de lo que dice.

—De acuerdo.

Guardó silencio Gallardo. Al cabo de unos instantes, dijo su amigo:

—Esta noche debo entrevistarme con los enviados de Abdul Hamez. ¿Has trazado plan contra las tres galeotas?

—No. Espero a saber lo que te enviará a decir Abdul Hamez.

* * *

Anochecía cuando abandonó Delfín Lechuga la gruta de Anfitrite. Poco después, Bembo «Camorra» acercábase a Luys

Gallardo.

—Desearía hacer unas compras personales, mi amo. ¿Puedo ir a la ciudad?

—Libre eres, Bembo. También yo pienso pasear un poco al claro de luna. Me inspira gratas ideas.

—¿Te acompaño, mi amo?

—Quita allá, belitre. ¿No dije que quiero sumirme en gratas ideas? Vete a solas.

Pasó Bembo a su covacha, para asearse, y tardó bastante. Cuando salía de la gruta, Luys Gallardo quedaba en ella, dormitando, junto a Dom Corpacho y los dos lobos.

Andaba canturreando el piamontés, cuando, dejando atrás la arena, e internado ya en el sendero que conducía a la capital, sobresaltóse, deteniéndose.

De espíritu apocado, el ex cocinero de una cuadrilla de ladrones tembló porque estimaba que no había nada más capaz de infundir miedo que ver en la maleza, de pronto y en la noche, una silueta inmóvil y silenciosa, mirándole a uno fijamente.

La luz lunar aquietó al cobarde piamontés, que respiró tranquilizado, suspirando profundamente, al reconocer en el semblante torvo del que le miraba, brazos cruzados, el rostro de Luys Gallardo.

Pero lo que ignoraba era que el hombre que en silencio le miraba era el propio Dago Corsi.

—Buenas noches, mi amo… Tuve… un poco de miedo… hasta reconocerte. Si vas a Ajaccio, ¿seguimos camino juntos?

Sacudió en negación la cabeza Dago Corsi.

—Entonces, buenas noches, mi amo.

Y, alegremente, continuó andando Bembo.

Dago Corsi, mordiéndose los labios, siguió inmóvil. Miraba la lejana masa de la Gruta de Anfítrite.

* * *

No muy lejos de la gruta estaba el lugar señalado para la entrevista con los turcos piratas que, vistiendo ropas de marino italiano, habían acudido en chalupa de vela y remo, llevando mensaje de Abdul Hamez.

Fuera de la chalupa saltó un hombre, el cual esperó en la orilla.

Saludó en forma especial al aparecer Delfín Lechuga. Un saludo contraseña, que cumplidamente contestó el apodado Rasuni.

Sin mediar palabra tendió el turco un cilindro, de cuyo interior extrajo el castellano un pergamino arrollado.

Aproximó el turco la linterna que llevaba cubierta con trapos, desplazando parte de ellos.

Leyó Rasuni:

> «Tu inteligencia habrá sabido ya comprender si Dago Corsi es el instrumento que necesito. Mis remeros esperarán hasta el amanecer. Habrás triunfado si logras que Dago Corsi se entreviste conmigo. Es mi deseo aproximarme a la isla. Alá te inspire, Rasuni.

»Abdul Hamez».

Devolvió Rasuni el mensaje. El turco lo introdujo en el cilindro, y, volteándolo, lo lanzó lejos, al mar…

Saludó de nuevo y regresó a la chalupa.

Rasuni dio media vuelta, encaminándose hacia la gruta. Poco después tendíase junto a Luys Gallardo.

Dom Corpacho roncaba estrepitosamente, sus dos lobos gruñían en sueños y Filipo Ferrante respiraba acompasadamente.

—¿Duermes, trovador?

—Siempre estimé que ésa es la pregunta más necia que existe, y que, no obstante, se emplea para exasperar a un dormido. Si duermo, me despiertas, y si estoy despierto, sobra la pregunta.

—De acuerdo. Abdul Hamez pide que Alá me inspire, y desea que te entrevistes con él.

—¿Dónde?

—No lo dice.

—¿Qué más?

—Escribe que desea acercarse a la isla. Y espera que tú serás un buen instrumento. Acaricia la idea de que, explotando tu soberbia, es posible que sus tres galeotas se lleven a su tierra acopio de fardos humanos y cofres.

—¿Desea acercarse a la isla?

Por espacio de una hora habló profusamente Luys Gallardo con Filipo Ferrante y Dom Corpacho, interrogando de vez en cuando a «Siete Vidas».

Mediada la conversación, llegó Bembo. No interrumpió, y escuchó con admirativa atención.

—Durante mi ausencia, tú mandas, Bembo, en los que quedan, ayudado por Filipo. Y cuando estén en mi poder las galeotas, Ajaccio será inconquistable.

Fuera de la gruta, a solas con Rasuni, comentó Gallardo:

—Y entonces seguiré mi camino de errante trovador. Me harta ya el asustar a la gente a la sombra de otro.

—Puedes ser el dueño de Ajaccio… si da buen resultado tu magnífico ardid.

—No quiero ser dueño más que de mí mismo, y ya es difícil.

Fue cuando ya divisaban la chalupa turca cuando Delfín Lechuga tendió el oído.

—Me parece que nos han seguido, messer.

—Brisa entre las palmeras. ¿Empiezas ya a ver asechanzas? Aguarda a verte ante Abdul Hamez, el receloso.

La chalupa bamboleóse al entrar en ella, saltando desde vecina roca, Luys Gallardo y Delfín Lechuga.

Los seis piratas turcos empegaron a remar con vigorosa palada. En la proa de la embarcación, Delfín Lechuga envolvióse mejor en su capa, dominando un escalofrío.

Era temerario hasta la imprudencia, pero no podía evitarse el pensamiento de que a cada golpe de remo se acortaba la distancia entre dos españoles y trescientos turcos, dirigidos por el penetrante y desconfiado Abdul Hamez.

Luys Gallardo, pulsando su laúd, cantó en voz baja una estrofa en que «luz de luna» rimaba con «del audaz la fortuna».

Y no sabía el apodado por los turcos Rasuni si envidiar o compadecer al trovador, que con tanta despreocupación se embarcaba en continuos peligros.

Se atusó el mostacho enhiesto, y murmuró:

—En la misma barca estamos. Que Alá deje en paz a un par de cristianos locos.

* * *

Sentado sobre la roca desde la cual media hora untes había saltado a la chalupa Luye Gallardo, Dago Corsi, mientras meditaba, semejaba más que nunca un arcángel antes de su caída en los infiernos.

Y no pensaba ni en el trovador ni en Dom Corpacho, sino en el hidalgo lunático, que era el único hombre que hasta entonces podía vanagloriarse de haberle vencido en todos los terrenas.

Siguió inmóvil, apoyada la barbilla en el hueco de la mano, y el codo en la rodilla, mirando al mar plateado.

Un mar de plata rodeando una isla de sangre…

FIN



Pedro Víctor Debrigode Dugi
(1914-1982)
es uno de los grandes autores de la novela popular española en su época de esplendor, aquella que va desde los años cuarenta hasta inicios de los año setenta del siglo XX, cuando la televisión cambia definitivamente los hábitos de consumo de la sociedad española. Fue autor de centenares de títulos en la amplia diversidad de géneros que caracterizaba esta manifestación cultural aunque destacó en el terreno de la novela de aventuras y de la novela policíaca.

Nació en Barcelona el 13 de octubre de 1914, siendo su padre francés y su madre corsa. Educado en un ambiente culto su padre era ingeniero aeronáutico tuvo una esmerada educación. Estudió la carrera de Derecho aunque no la pudo finalizar pues el año 36, viviendo en Santa Cruz de Tenerife, se vio alistado en las filas del bando nacional al inicio de la Guerra Civil; tras solicitar su traslado a la Península se vio envuelto en extrañas circunstancias que le llevaron a ser acusado de espionaje. Tras ser liberado por falta de pruebas, intentó pasar a Francia pero no lo consiguió siendo nuevamente detenido acusado no sólo de espionaje sino de abandono de destino y malversación de caudales. Tras pasar por

distintos penales y ser condenado, finalmente salió en libertad en octubre de 1945. Empezó a escribir desde la prisión y se casó por primera vez en 1949 teniendo cuatro hijas a medida que iba consolidando su dimensión de escritor profesional. La familia combinó la residencia en diversas poblaciones de Cataluña y se trasladó posteriormente a Santa Cruz de Tenerife. Desde 1957 hasta 1963 Debrigode se estableció en Venezuela donde trabajó como corresponsal de la Agencia France Press y como relaciones públicas de un hotel. Vuelto a España, su esposa falleció en 1967. Se volvió a casar en 1972 y fijó su residencia en La Orotava a partir de 1974; falleció en febrero de 1982 a la edad de sesenta y ocho años dejando tras de sí una ingente producción literaria.

Utilizó un amplísimo abanico de pseudónimos aunque los más importantes fueron Peter Debry con él creó la mayoría de su narrativa policíaca y del oeste y Arnaldo Visconti con esta máscara presentó toda su narrativa de aventuras pero también firmo sus obras como P. V. Debrigaw, Arnold Briggs, Geo Marvik, Peter Briggs, V. Debrigaw, y Vic Peterson.